



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

ÉPOCA 4.^a — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 29 — Madrid 15 de Octubre de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Blas. — *Crónica universal*, por R. — *Carta de Roma*, por D. J. M. — *Los grabados*. — *Deuda pagada*, por don Valentín Gómez. — *De las Escuelas de pintura*. — *El huerfanito*, por Fr. Conrado Muiños Sáenz. — *Los grandes problemas*, por G. Gironi. — *Si yo tuviera madre...* (continuación), por Fr. Conrado Muiños Sáenz. — *El arbolado*. — *Medios económicos de aliviar las aguas*. — *Conocimientos útiles*. — *Miscelánea*.
GRABADOS. — *Excmo. Sr. D. Marcelo Spínola y Maestre*, Obispo de Málaga. — *La barca de San Julián el Hospitalario*.

LA DECENA

SETE sesiones, alguna de ellas con colmo ó prórroga, han bastado para dar término al juicio oral en la causa por asesinato del Sr. Obispo de Madrid-Alcalá.

El acto ha revestido, si no solemnidad, por lo menos carácter extraño y formas que en ocasiones (y dicho sea con todos los respetos debidos á la majestad de la justicia) me han parecido deplorables.

Por supuesto, que no tengo intención, ni por asomo, de condenar esta innovación introducida en nuestros procedimientos judiciales; ni aunque la tuviera me atrevería á hacerlo, ajeno como soy por completo á la ciencia jurídica.

El juicio oral marca seguramente un gran adelanto en la administración de justicia.

Esto no lo sé tampoco á ciencia cierta, pero lo he leído en libros y periódicos; lo he oído á personas que considero competentes; y, por último, lo creo, porque me cuesta menos trabajo el creerlo que el averiguarlo.

Y sobre todo, el juicio oral, aunque no tuviese otras ventajas (que yo pienso que debe tenerlas), ofrece una de las más apreciadas del público; es un espectáculo *gratis*. Así se ha visto tan concurrido estos días el Palacio de Justicia. Aunque el local destinado á la vista hubiera sido diez veces mayor, siempre hubiera resultado insuficiente para contener el inmenso número de personas que se agolpaban á los alrededores del edificio, ávidas de emociones, espoleadas por la curiosidad, y ¿por qué no decirlo? deseosas de diversión y de jolgorio.

Y á fe que no han visto defraudadas sus esperanzas, como suele suceder en los estrenos de algunos teatros. Escenas conmovedoras, episodios cómicos, situaciones dramáticas, detalles bufos, diálogos animados, interrupciones inesperadas, discursos impertinentes, galimatías técnicos, preguntas anodinas, respuestas picantes, movimientos de horror, corrientes de hilaridad...

¡Eh! No vayan á figurarse mis lectores que he asistido á ninguna de esas sesiones orales y vocales. Hablo así por lo que he leído en los periódicos y por las impresiones que me ha trasmitido mi sirviente Roque, quien me pidió permiso para ir á las Salesas los días que durase la vista, á pretexto de suministrarme algunos datos para mi revista.

Excuso añadir que los datos de Roque no me sirven para nada. Son una mezcla de ideas, frases, apreciaciones y comentarios tan peregrinos como el ingenio de mi viejo sirviente.

Confiesa con la mayor candidez que, á no tratarse de un asunto tan serio y de un hecho tan horrendo como el que ha motivado el acto del juicio oral, se hubiera divertido mucho con algunas peripecias de la vista.

Pero donde hay que oírle es en el juicio que ha formado de las declaraciones de los médicos alienistas al sostener que el procesado está loco. Ya se ve, el pobre Roque no entiende jota de estas materias y desbarra á más y mejor cuando quiere sacar, á su modo, deducciones que escandalizarían á cualquier hombre de ciencia.

He tratado de desvanecer sus errores y hacerle patente su ignorancia; pero no he conseguido des-

truir la falsa idea que se ha formado de las opiniones de los peritos. No sabiendo qué contestar á mis argumentos, me dirigió una pregunta á que no quise contestar por lo impertinente, pero que demuestra la terquedad de su carácter.

— ¿Cree usted de buena fe — me dijo — que si todos los crímenes de igual clase que se someten á los tribunales se tratasen de la propia manera que éste, y se hiciese intervenir á los médicos en el reconocimiento de los criminales, no serían éstos declarados locos en su totalidad?

Así discurre la ignorancia.

Quisiera distraer la imaginación á asuntos agradables, pero no los encuentro.

¿Es que no pasa nada? — tendrían el derecho de preguntarme los lectores.

La pregunta, si en efecto llegara á formularse, sería capciosa, dicho sea con las salvedades debidas; porque contestándola negativamente, faltaría á la verdad á sabiendas, y contestando en sentido afirmativo, tendría que explicar por qué no cuento lo que pasa, cumpliendo así mis deberes de cronista.

Si dijera que durante diez días y en una capital de 200.000 almas no ha pasado absolutamente nada, no diría absolutamente la verdad. Pero no se trata de esto, sino de saber si las cosas que pasan ó han pasado merecen recogerse y consignarse en esta revista, y aun suponiendo este último caso, si debo y puedo consignarlas.

Aún podría ser discutible, en una época en que todo se discute, si debo ó no debo, si puedo ó no puedo hablar aquí de esos casos que pueden ó deben pasar en la capital del *limite posible*; pero lo que no admite discusión es el acto libérrimo de mi voluntad, que, para no faltar á las conveniencias sociales con un *no quiero*, formularé en los siguientes términos: No me permito á mí mismo aceptar, ni aun en hipótesis, la idea de hablar de aquello que, con arreglo á mi libre albedrío, me he propuesto hacer objeto de preterición.

Si pues lo que pasa es para mí como si no pasara, no tengo más remedio que hablar de *lo que no pasa*, y aquí sí que tendría materia para estar hablando una semana entera.

Pero como no quiero abusar de la paciencia de mis lectores ni exponerme á que me envíen á hablar á un juicio oral, prometo ser lo que no son ni han sido ni serán nuestros grandes oradores... (Perdónese este arranque de pretenciosa soberbia.) Prometo ser sobrio.

Lo que *no pasa*, en primer lugar, es un día ni una hora sin que oigamos en casa ó en la calle, á los amigos, á los parientes, y á los extraños esta ó pare-



EXCMO. SR. DON MARCELO SPÍNOLA Y MAESTRE,
Obispo de Málaga.

cida exclamación: «¡Lo que á mí me pasa! ¡Lo que ha pasado á mi sobrino! ¡Lo que le está pasando á don Fulano! ¡Lo que pasa en este país! ¡Lo que ha pasado con aquel expediente! ¡Lo que pasa en los teatros!» etc., etc.

¿Y se figuran ustedes que es verdad esto que *pasa*, según la voz general? Pues nada de eso: lo que hay es que *no pasa*.

Aquel que dijo: «¡Lo que á mí me pasa!» si hubiera completado su pensamiento habría tenido que decir que *no le pasa* su tío los veinticinco duros mensuales que le tenía asignados, porque pasaban casi íntegros á las casas de juego; que *no le pasa* de los dientes para adentro la actitud en que se ha colocado su patrona, resuelta á despedirle de la casa si no la abona los setecientos reales que la debe; que *no le pasa* el catedrático las faltas de asistencia á clase, y por fin, que la única moneda de cinco pesetas que le quedaba le ha resultado falsa y... *no pasa*.

Lo que ha pasado al sobrino del otro es que *no pasa* de meritorio después de cuatro años, lo cual se debe á que el meritorio *no pasa* sino cada quince días los umbrales de la oficina, y además *no pasa* de ser un muchacho tan lleno de pretensiones como falto de ortografía y desprovisto de toda instrucción.

Lo que le está pasando á don Fulano es que *no pasa* cuidado alguno por su mujer y por sus hijos; que *no pasa* por un café sin entrar á tomar un bocado, una copa, un habano ó un refresco; que *no pasa* un mal rato por ganar dinero con que atender á los gastos de su casa, y por consiguiente que *no pasa* de ser un hombre desordenado, un mal esposo y un mal padre.

¿*Lo que pasa en este país!* Pues muy sencillo: es que *no pasa* la moneda legítima de la virtud y del mérito, mientras circula el papel-moneda-falsificado de la presunción, de la osadía, de la ambición de medro, del agio, de la hipocresía y de la desvergüenza; que *no pasa* el rasero de la equidad y de la justicia sobre la medida con colmo de los abusos, de las corruptelas, de los desórdenes, de los agravios y de las iniquidades; que *no pasa* la escoba de la higiene pública sobre las poblaciones infestadas de elementos malsanos; que *no pasa* la mano protectora de la administración por encima de las excrecencias, verrugas y aun pústulas del cuerpo social para aplicar remedios heroicos, contentándose, cuando más, con paños calientes; que *no pasa* un solo ejercicio económico sin dejar tras sí un déficit en el presupuesto y un *superavit* en los tributos; que *no pasa* un semestre sin que pasen cosas que no debieran pasar y que yo no debo decir ni aun de pasada.

En fin, lo que *pasa* en este país es lo que *no pasa*; quiero decir, para completar la frase, lo que *no pasa* en ninguna parte.

¿*Lo que ha pasado con aquel expediente!*

Falso también; con aquel expediente *no ha pasado* nada. Lo que hubo fué que *no pasó*, como debió hacerse, á la mesa respectiva, y por lo mismo, *no pudo pasar* á informe del oficial, y por consecuencia, *no pasó* á la resolución del negociado, y por ende *no pasó* á la firma del Ministro, por cuya razón el interesado *no pasó más* que seis ó ocho meses de purgatorio para convencerse de que había gastado inútilmente su dinero y perjudicado en gran manera sus intereses.

¿*Lo que pasa con los teatros!*..

Tampoco *pasa* nada.

La tan cacareada (y cuenta que no aludo á los gallos) compañía de ópera, compuesta de divinos, eminentes, sublimes, eximios, estupendos, distinguidos y aplaudidísimos artistas que, según la empresa del teatro Real, son el pasmo del mundo (lo cual es algo más que el *Pasmo de Sicilia*), *no pasan* de regulares, con excepciones tan contadas, que no me atrevería yo á citarlas en plural. Las óperas cantadas hasta ahora *no pasan* de tres ó cuatro, y la ejecución (que tampoco me atreveré á llamar *capital*) *no ha pasado* de mediana, con perdón de la empresa, que al juzgarla *admirable* da á entender ó que no ha oído óperas bien cantadas ó que se admira de cualquier cosa. Las entradas que esas óperas celestialmente cantadas han dado al regio coliseo, *tampoco pasan* de regulares con relación á lo que podía esperarse de tanto ruido, tanto reclamo y tanta bambolla.

En los demás teatros *no pasa* cosa digna de mencionarse; como que ni siquiera *pasan* la mayoría de

las obras que se estrenan, y en cuanto á las de repertorio, á pesar de ser tan viejas, todavía *no han pasado* á la posteridad.

Del teatro Español, aun no abierto cuando escribo estos párrafos, se espera mucho bajo la dirección artística de Vico y Calvo; pero ya verán ustedes como *no pasa nada*, á pesar de los buenos deseos y del indisputable mérito de estos dos actores.

Pasarán unas cuantas noches con *El Gran Galeoto*, durante las cuales se aplaudirá el drama de Echegaray, pero *no pasarán* de quinientos los espectadores, exceptuando domingos y fiestas de guardar.

Tras *Galeoto* vendrá alguna otra obra de repertorio (tal vez del Sr. Echegaray), y después de muchos anuncios y no pocos ensayos, se estrenará una producción del Sr. Echegaray. Aquella noche estará el teatro de bote en bote. Todos los periodistas, todos los literatos, todos los críticos, todas las damas distinguidas, todas las eminencias de las letras, las armas, la política y la banca se habrán dado cita en el teatro Español. Empezarán los aplausos en la primera escena y no se interrumpirán hasta la última; se hará salir al autor diez, veinte, treinta, sesenta veces; se declarará por unanimidad, con voz conmovida y lágrimas en los ojos, que aquella obra es la mejor del gran dramaturgo; la prensa del día siguiente llenará columnas y aun planas enteras dando cuenta del acontecimiento del día... y *no pasará* más. Porque el público que por espacio de cuatro meses acude á llenar el teatro donde se representa dos veces cada noche *La Gran Vía*, no da contingente para llenar cuatro noches consecutivas el coliseo donde le dan un *Mar sin orillas* ó *Haroldo el Normando*.

Por eso digo que en el teatro Español no pasará nada si se sigue el derrotero de los años anteriores, y si predomina el criterio de graduar el éxito probable de las obras como se gradúa el aguardiente; por la mayor ó menor riqueza alcohólica, para turbar con arrebatos ficticios el cerebro de los espectadores.

Ya que hablo del que fué *corral* (cuando en él se vertían perlas) y hoy es *coliseo* (cuando se cultivan en él plantas tuberculosas) he de decir que en la lista de compañía, aprobada por el mismo concejo que aprobó los bandos *aquellos*, no figura el nombre del decano de los actores cómicos, el popular Mariano Fernández. No hago más que consignar el hecho, porque me parece... gracioso.

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



Los asuntos de Oriente han adquirido en esta última decena una importancia mayor aun que la que tenían ante la inminencia del conflicto europeo á que se cree darán lugar. Es cosa que causa profunda admiración la actitud amenazadora de las grandes potencias contenida sólo y pendiente de un insignificante detalle. Rusia, movida por un resorte poderoso, ha arrollado todos los obstáculos, y próxima ya, tocando el anhelado fin de sus maquinaciones, cuando no necesita más que tender la mano y atraer así el objeto codiciado de su vehemente aspiración, parece como que se detiene siendo tan poderoso Imperio ante el débil y dividido reino de Bulgaria, como si quisiera recoger todos sus alientos y lanzarse súbitamente sobre su presa. ¿Es su actitud en estos momentos la de la prudencia? ¿O es que la sangre hirviendo acelera los latidos de su corazón con la proximidad de ver realizado su deseo y detiene su precipitada carrera? Pronto saldremos de dudas, y mientras tanto nuestro deber de cronista nos impone el de relatar los precedentes de este gran conflicto que ha alcanzado ya el *summum* de la gravedad, y ha de resolverse en brevísimo plazo, siquiera sea para quedar otra vez planteado en términos muy semejantes.

El general ruso Kaubars ha aumentado sus exigencias de tal modo y con tan enérgica decisión, que se ha hecho un verdadero dictador. Declaró que no puede ser reconocida como legal la Asamblea, y que sus decisiones no tendrán valor alguno, y aconsejó que se aplazasen las elecciones, que se levantase el estado de sitio y se pusiera en libertad á todos los presos políticos.

En un *meeting* que se celebró en Sofía los ánimos se enardecieron y hubo gritos en favor y en contra de Bulgaria, haciéndose patente la escisión de los distintos elementos del país, lo que, como es de presumir, ha de dar malísimos resultados.

El general Kaubars emprendió un viaje por las

provincias con objeto de atraer en favor de Rusia al ejército y preparar un golpe de mano seguro y firme; pero parece que ha sido mal acogido en varias partes. Son evidentes, pues, ahora más que nunca, las gestiones de Rusia contra el actual Gobierno de Bulgaria, que no se presta á hacer causa común con ella, y se decía que habíase descubierto una conjuración en Sofía contra el Gobierno y que un oficial del ejército, sospechoso de tener relaciones secretas con el agente ó representante ruso, había sido reducido á prisión.

El telégrafo después nos anuncia incidentes más graves, como son los desórdenes ocurridos con motivo de las elecciones en Sofía, habiendo una colisión entre los partidarios de Rusia y los del Gobierno, que ha sido una verdadera batalla, y aun se dice que se ha atentado contra los consulados de Inglaterra y Alemania.

Las elecciones, sin embargo, las ha ganado el Gobierno; pero el agente ruso se dice ha declarado rotas sus relaciones con el Gobierno búlgaro.

Rusia por su parte amontona y prepara tropas en Polonia y ofrece á Bulgaria el poderoso argumento de 40.000 hombres disciplinados para caer de repente sobre el agitado país de sus sueños.

Respecto á la conducta de las demás naciones y combinación de fuerzas que han de luchar en Oriente, diremos á nuestros lectores que á la hora presente no es posible saber á qué atenerse. Sin duda se espera la última señal para el combate para declararse por uno ú otro campo, y aun creemos que si desgraciadamente el conflicto no hallara más solución que la que se espera, por demás lamentable, aun habría de tardarse en decidirse alguna potencia.

Por lo pronto se ha dicho con visos de fundamento que ni Austria, ni Alemania, ni la misma Rusia quieren la guerra, y todas desean encontrar una solución amistosa. Esto se comprende, pero se hace difícil manteniendo sus respectivas posiciones. Rusia, no obstante, espera el resultado de sus negociaciones con las potencias referente á la consecución de un acuerdo que le consienta la ocupación temporal de Bulgaria por sus tropas.

Tres grandes potencias por lo menos están conformes sobre la conducta que deben seguir si Rusia, aprovechando cualquier pretexto, interviene militarmente en el principado.

En Inglaterra empieza á sonar la voz de una meditada conveniencia, diciéndose que tiene más intereses que fomentar en Oceanía que en Europa. El ministro inglés Churchill, se cree va á Berlín y Viena con objeto de ver si rompe la alianza de los tres Imperios, y no falta quien sostiene que Austria y Alemania censurarán el proceder del representante ruso en Bulgaria, como también que la primera está resuelta á impedir toda intrusión de Rusia en Bulgaria, y que existe un acuerdo entre ésta é Inglaterra para mandar notas referentes al particular.

Ya que de Rusia tratamos, con grandísima satisfacción nos hacemos eco de lo que un periódico anuncia, cual es la lisonjera noticia de que un sabio ruso, perteneciente á la Iglesia cismática, monseñor Viad Solovico, acaba de proponer nueve cuestiones relativas al fundamento de la Iglesia cismática, que echan por tierra los malhadados sofismas que la sostienen, hecho que indica quizás una corriente favorable á la Iglesia católica dentro de la cismática, planteándose con este motivo la cuestión ya iniciada de hace tiempo de si la Rusia se hará católica. Es asunto por demás trascendental, pero acerca del cual nos abstenemos por hoy de hacer comentarios.

Ante la gravedad de las circunstancias políticas en Europa con los sucesos que se realizan en Oriente, todo otro asunto de política exterior decae, y apenas si se menciona, por lo cual terminamos aquí nuestra crónica, por no ofrecer el telégrafo noticias de más interés.

R.

CARTA DE ROMA

Roma 8 de Octubre de 1886.



No habrán olvidado mis lectores la polémica ocasionada, á principios del año actual, por un artículo histórico-artístico publicado en una revista alemana y en el cual se designaba muy gráficamente el trabajo que persigue el Gobierno italiano en esta capital del mundo católico. Pues bien: las reclamaciones de sabios y artistas extranjeros, la intervención de altísimos personajes, y hasta las censuras y desaprobación de caracterizados políticos, cuya adhesión al presente estado de cosas no se puede poner en duda por quien

haya oído pronunciar, no más que una vez, el nombre de Ruggiero Boughi, no han valido para detener al Gobierno en su fatal marcha, y la destrucción de Roma no parece sino muy próxima á realizarse. Hay un afán inconcebible de abrir nuevas calles, de ensanchar plazas, de abatir antiguos edificios: no desconozco que la nueva *Via Nazionale* ofrece un bonito aspecto, ni en su día agradará menos, particularmente á los extranjeros, el paseo que se está preparando á orillas del Tíber para imitar el Lung'Arno de Florencia; sin embargo, para los aficionados al arte antiguo la comodidad y anchura de unas calles ó plazas no compensa la destrucción de los monumentos que imprimían á Roma su carácter especial. Ahora parece que están de enhoramala los puentes. Sabido es que el Tíber, después de bañar la Umbría y la Sabina penetra en Roma cerca de la puerta del *Popolo* y divide la ciudad en dos partes desiguales; ambas partes estaban ya unidas antiguamente por medio de ocho puentes, pero he aquí que el Consejo Superior de vigilancia para trabajos públicos aparenta tal descuido en la conservación del *Elio* y del *Cestio*, que para muchos ya se confunde en desprecio. En Mayo de 1885 la Comisión de peritos y arqueólogos llamada á emitir dictamen sobre las obras que se proyectaban para llevar á efecto la prolongación del puente *Cestio*, declaró terminantemente que no había que tocar el arco mediano de dicho puente, pues de otra manera se exponía á inminente peligro todo el edificio; el Ayuntamiento de Roma conformóse con tal dictamen, y así lo comunicó á las autoridades gubernativas, á cuyo cargo corren los trabajos del Tíber; pero el mencionado Consejo Superior acaba de decretar por sí y ante sí que no hay que tener en cuenta el dictamen de la Comisión arqueológica y manda se derribe desde luego el arco cuya conservación exigían los peritos. El *ukase* ha parecido tan grave y sus consecuencias pueden ser de tal trascendencia, que el Ayuntamiento ha consignado en el acta de su última sesión que rechaza de antemano la responsabilidad que en su día pudieran atribuirle por las consecuencias de la empresa que se quiere acometer muy á pesar suyo.

El puente de que se trata es el que pone en comunicación la isla Tiberina con el Trastevere: fué edificado probablemente por Lucio Cestio, que le ha legado su nombre, y reconstruido bajo los emperadores Valentiniano, Valente y Graciano. por Simaco, prefecto de la ciudad; su misma antigüedad merece consideración y respeto, pero no lo ha entendido así el Gobierno, y el choque que hubo con la autoridad municipal demuestra que quien persigue la destrucción de Roma no es sino el mismo Gobierno. ¡Dios quiera no se realice el vaticinio de los peritos del arte! Entretanto el Ayuntamiento de Roma quiere también no se le haga responsable de las obras que se han proyectado respecto al *Elio* ó sea *ponte Sant' Angelo*, á cuyas extremidades van á colocar dos nuevos arcos, pero con tal motivo se ha decretado nada menos que la demolición de cierta parte de las obras de fortificación del *Castel Sant' Angelo*: pertenecen estas obras á la Edad Media; pero ¿qué ha de tener en cuenta quien no se fija en los perjuicios que su arbitrariedad podría causar á un edificio de tanto renombre y que tantos recuerdos encierra como el soberbio mausoleo de Adriano? Harto claro se ve el desprecio para el arte antiguo en lo que manda y dispone el Gobierno italiano. La Providencia, por lo contrario, no parece sino que todo lo dispone para conservar á Roma su carácter de ciudad eminentemente artística, pues diríase que con el fin de que no se extinga el amor á las bellas artes, nos alegra muy á menudo con inesperados descubrimientos. No ha mucho, con motivo de excavaciones aparecieron en las cercanías del nuevo palacio en donde habrá de residir el Ministerio de la Guerra, sinnúmero de mármoles antiguos; figuran entre ellos losas de pórfido, de serpentino y de africano. En la vía Salaria se han descubierto también los restos de casas antiguas, llamando particularmente la atención un piso con obra mosaica y ciertas paredes revestidas de estucos; más allá en la misma vía se han descubierto varios sepulcros, cuya forma es la de un cuarto rectangular ostentando tantos *loculos* cuantos podían caber en las paredes: los arqueólogos ya vienen estudiando los fragmentos con que se han encontrado y esperan acertar en la designación de la época á que corresponden los sepulcros recién descubiertos: quizá deba otra vez ocuparme en esto. Además hace cosa de muy pocos días y en las proximidades del puente *alla Regola* se ha descubierto una magnífica estatua en bronce que representa á Bacco: tiene los ojos de marfil y gasta una corona de plata y cobre. Todos estos descubrimientos despiertan, como es natural, mucha alegría é interés en los aficionados á estudios arqueológicos; pero bien puede verse

quién se dedica á esos estudios, porque á raíz de un nuevo descubrimiento, los que visitan el afortunado sitio son siempre los mismos: algunos extranjeros y los romanos de *antigua raza*. — J. M.

LOS GRABADOS

EXCMO. SR. D. MARCELO SPÍNOLA Y MAESTRE,
OBISPO DE MÁLAGA.

Nació este distinguido Prelado en el seno de una familia ilustre de la ciudad de San Fernando el 15 de Enero de 1835. Estudió la filosofía en Granada y la jurisprudencia en Sevilla, donde se graduó también en sagrada Teología. Dedicado á la Iglesia por vocación ferviente, se ordenó en Sevilla; y como hombre que se siente llamado á las luchas de la inteligencia, apenas ordenado, hizo oposición á las canongías doctoral y penitenciaria de las catedrales de Cádiz y Sevilla respectivamente, en las que brilló como joven de grandes esperanzas. Atraído por el ministerio parroquial, obtuvo el curato de San Lorenzo de Sevilla, que desempeñó ocho años. Fué luego teniente arcipreste de la capital, y por último, ocupaba una silla en el cabildo metropolitano cuando fué llamado al Episcopado en calidad de auxiliar del Cardenal Lluich y Garriga, con el título de Obispo de Milo. Muerto este purpurado, pasó á regir la silla de Coria, de la que se posesionó el 7 de Marzo de 1885. De esta Diócesis acaba de pasar á la de Málaga, en la que ha inaugurado sus tareas apostólicas con una magnífica carta pastoral sobre los frutos del reinado de Dios entre los hombres. De ella copiaremos algunos párrafos en el número próximo.

LA BARCA DE SAN JULIÁN EL HOSPITALARIO.
Cuadro de M. A. Dawant, grabado de M. Ch. Lalay.

San Julián, como puede verse en cualquiera *Año Cristiano*, se retiró á la orilla de un río caudaloso y lleno de peligros, y habiéndose encontrado una barca perdida, la compuso y se creyó llamado por voluntad de Dios á pasar de un lado á otro los muchos pobres y peregrinos que llegaban á aquellas orillas. No contento con esto, edificó un pequeño albergue donde socorría á sus pasajeros, y por la fama de su caridad llegó á ser aquel sitio uno de los más frecuentados de la comarca.

M. Dawant ha reproducido en el lienzo esta página de la historia de la caridad cristiana con verdadero talento. La expresión del misericordioso barquero; la de los pobres que forman su querida tripulación; la severidad poética del paisaje, revelan un artista concienzudo y un genio que sabe penetrar en las regiones de la más alta belleza.

Por fortuna la pintura religiosa, aunque decaída, no ha muerto, porque el cuadro de M. Dawant, expuesto en el Salón del año último en París, llamó poderosamente la atención y mereció uno de los primeros premios.

DEUDA PAGADA

LEYENDA SEMIHISTÓRICA.

I



FINES de aquel reinado que fué tan glorioso para las letras, como infausto para la grandeza de España, y en una oscura y fría noche de Diciembre del año 1661, bajaba por la calle Mayor, en dirección de Santa María de la Almudena, cierto caballero joven y bien portado, oculto el rostro tras el embozo del capotillo y puesta la mano izquierda sobre el puño de la espada; pero tan descompuesto en todos los movimientos de su cuerpo y tan desigual en su paso, que á la legua se conocía que su espíritu estaba como zarandeado por multitud de contrarios y borrascosos pensamientos.

La desierta calle no oponía á nuestro hombre obstáculo ni á la descompostura de su cuerpo ni á la inquieta agitación de su espíritu, pero si hubiera vivido en nuestra época, seguramente los tropezones y codazos con los transeúntes le hubieran proporcionado más de una ocasión de desahogar á palos su mal humor.

Es indudable que aquel caballero no estaba para bromas, porque á veces se paraba de pronto junto á una esquina, y quitándose el sombrero con violencia, se pasaba la mano por la frente como si le estorbara algo que bullía debajo del cráneo. Otras apresuraba el paso, se bajaba el embozo y daba en manotear como un loco, murmurando entre dientes frases ininteligibles, pero de fijo, ni afectuosas ni caritativas.

Cualquier observador que le hubiera seguido largo rato en su paseo desde San Felipe hasta Santa María, hubiera dicho con razón:

— Ese hombre tiene gana de armarla con el primero que se presente.

Pero por lo visto no era él sólo el dispuesto aquella noche á pelearse, porque en un callejón inmediato á la iglesia de San Nicolás, se levantó de pronto una de gritos y choque de espadas y tacos y

votos, que no parecía sino que ingleses y portugueses habían asaltado la corte de España y andaban á tajo limpio con sus defensores.

El caballero, á pesar de lo abstraído de sus pensamientos, oyó distintamente una voz que decía:

— ¡A mí! ¡Favor!

Como si aquel tumulto cuadrara exactamente al turbulento estado de su espíritu, el caballero echó mano á la espada, y se lanzó resueltamente hacia el lugar de donde venían el ruido de los aceros y las voces.

Algunas luces que despedían sus rayos mortecinos por entreabiertas ventanas de las casas contiguas, donde la curiosidad quería asomarse y el temor se recataba, bastaron para que el caballero se enterase de que cuatro hombres acometían cobardemente á otro, que acorralado se defendía con valor, pero con escasa esperanza de triunfo. El era quien pedía socorro, y según costumbre de la época, á su lado se puso el caballero, el cual, con tan gran bizarria ó con tan desesperada resolución acometió contra los agresores, que al poco rato éstos se alejaban más que aprisa. El acometido tendía su mano al anónimo defensor, jurándole por la cruz de su espada que desde aquel momento su vida estaría á servicio de quien tan generosamente acababa de dársela.

— Vuestro nombre, caballero — añadió.

— El marqués de Liche — contestó el otro.

— ¡El hijo de D. Luis de Haro, el difunto ministro del Rey, que Dios guarde! — exclamó su interlocutor con asombro.

— El mismo... ¿Y vos, cómo os llamáis?

— Francisco de la Vega, capitán de las tropas que manda Don Juan de Austria en Portugal.

— ¿A qué habéis venido?

— A asistir á la boda de cierta hermana mía que vive aquí cerca.

— ¿Y por qué os han atacado esos cobardes?

— Presumo que por vengarse. He conocido á uno de ellos que ha sido soldado de mi compañía: mal hombre, espadachín de oficio, jugador y borracho como la mayor parte de los que han ido poco há á reforzar el ejército del Infante. A él y á otros de su estofa los castigué duramente, y sin duda han abandonado las filas, como suelen, y al tener noticia de mi llegada á la Corte me han seguido los pasos para asesinarle.

— Así está España, D. Francisco — dijo el marqués con exaltación — desde que el Rey Don Felipe IV (suprimió el *que Dios guarde*) ha puesto los negocios en manos de esos tres imbéciles que se llaman sus ministros: Sandoval, Medina de las Torres y Castrillo. Porque ya sabréis que yo, hijo de su último valido, de aquel á quien amaba tanto y que tan leal y desinteresadamente le sirvió durante toda su vida, he sido postergado, despreciado, como si yo no fuera capaz de sustituir á mi padre en el gobierno de España.

— En verdad, señor marqués, que ha maravillado á la gente ver que el Rey no os daba siquiera participación en el Ministerio.

— ¿No ha de maravillar? Y sospechará todo el mundo que hay en mí afrenta ó incapacidad cuando el Rey me olvida de este modo.

Don Francisco de la Vega se calló, pero su silencio fué interpretado por el marqués como señal de asentimiento.

— No necesitáis confirmar mis palabras — continuó el marqués más exaltado que nunca; — estoy seguro de que mi nombre anda por los suelos, gracias á la ingratitud del Rey.

— ¡Señor! — dijo Vega con timidez, y mirando á una y otra parte por si alguien escuchaba aquella peligrosa conversación.

— ¡Ingrato y mal caballero! — prosiguió con fiera energía el marqués. — El ser rey no le quita la obligación de cumplir con los que le sirven; antes bien, por serlo, debe mostrarse á todos como espejo de lealtad y buena correspondencia. Pero ¿qué se puede esperar de quien, ciñendo la corona de España, no tiene aliento para ponerse al frente de las tropas y conquistar á Portugal, que se nos va de entre las manos?

— Nunca fué guerrero el Rey nuestro Señor — observó Vega bajando mucho la voz.

— Gusta más de cómicos y poetas que de hombres de guerra — repuso el marqués con tono despreciativo. — Vergüenza para España tener rey semejante!

Francisco de la Vega sudaba la gota gorda oyendo aquel lenguaje inusitado y audaz hasta lo increíble en aquella época tan respetuosa para los Reyes en general, bien que algunas veces los llevaba al cadalso, como en Inglaterra, ó los asesinaba, como en Francia. Pero Vega no se atrevía á contrariar á quien, sobre ser persona de calidad, acababa de salvarle la vida.

El marqués conoció que aquel hombre agradeci-

do y honrado no había puesto su vida á la merced y capricho de su salvador por mero cumplimiento; y como sin duda andaba á vueltas con proyectos de más importancia que licitud, antes de despedirse preguntóle en cuál de aquellas casas vivía y cuánto tiempo pensaba residir en la Corte. Vega le indicó su domicilio, que estaba al revolver de la inmediata esquina, y sobre el otro particular le contestó que en quince días por lo menos no saldría de Madrid.

— Pues yo vendré á veros, capitán — dijo el marqués — y cuento con que no olvidaréis que me sois deudor de la vida.

— Vuestra es, señor — repuso Vega con firme acento — á cualquier hora que la hayáis menester.

Y separáronse con esto, volviendo el marqués á sus extrañas inquietudes y no vuelto Vega de su sorpresa por el temerario lenguaje que le había oído á persona de tanto valer en la Corte.

II

Cuatro días habían pasado de esto, cuando Vega recibió en su casa la visita del marqués, que, pálido y agitado más que nunca, y mostrando en el siniestro brillo de sus ojos una exaltación casi rayana de la locura, tiró el sombrero sobre un taburete, cerró la puerta, y encarándose con el asombrado Vega le habló de este modo:

— No vengo á reclamaros la vida que me debéis, capitán, pero poco menos: porque exijo de vos un servicio en que arriesgáis la cabeza.

— La estimo en poco, señor — replicó Vega — y aunque la estimara en mucho, puede la gratitud en corazones honrados más que el amor á la vida.

— Ya sabéis que anda en lenguas mi nombre y que soy chacota del vulgo por el menosprecio en que el Rey me tiene; y como esto no ha de sufrirlo un caballero ni del Rey ni del Papa mismo, si da razón para ello, resuelto estoy á tomar venganza del agravio.

— ¡Venganza contra el Rey! — exclamó Vega estupefacto.

— ¿No os digo que contra el Papa mismo si me afrentase de este modo?

Vega no osó replicar al marqués, porque supuso que se las había con un loco.

— El Rey — prosiguió el marqués paseando con mucha agitación á lo largo de la estancia — pasa lo mejor de su vida en el teatro del Buen Retiro. Impórtale poco que Holanda y Portugal se declaren independientes y que Inglaterra y Francia hayan jurado aniquilar á España, y que de resultas toda nuestra grandeza se la lleve el mismo Lucifer: con que le diviertan sus poetas y le miren con buenos ojos las cómicas, nuestro gran Rey se considera el hombre más feliz del universo.

Hizo una ligera pausa para tomar aliento, porque parecía que hasta las palabras le ahogaban, y continuó en seguida:

— Pues oid, capitán: bajo el teatro del Buen Retiro he logrado poner un barril de pólvora con una mecha, que no aguarda sino la mano que la prenda fuego cuando el Rey esté gozando de su diversión favorita.

Lívido como un muerto quedóse Vega al oír tan estupenda noticia, é instintivamente se dirigió á la puerta á ver si estaba bien cerrada, para que nadie oyese semejante monstruosidad.

Confirmado en su sospecha de que el marqués se había vuelto loco de remate, no sabía Vega qué contestarle, pero al fin, para salir del paso, dijo:

— ¿Y qué queréis de mí?

— En nadie más que en vos fio el cumplimiento y término de mi plan; otros me han ayudado á poner la pólvora en el teatro; vos sólo, capitán, os encargaréis de dar fuego á la mecha cuando yo os avise.

— ¡Marqués! — exclamó Vega irguiéndose con la noble entereza de un corazón hidalgo que aborrece el crimen. — Ni vos sois capaz de hacer lo que habéis dicho, ni yo tengo en mis venas sangre de regicida.

— ¡Capitán! — repuso violentamente el marqués. — La vida que tenéis es mía, y al ofrecérmela no me habéis puesto condición ninguna para tomarla.

— Yo os daré mi espada para que me atraveséis el pecho aquí mismo, si os place; pero ¿os he ofrecido por ventura mi honor?

— Es el mío el que vais á vengar, y aun cuando en ello perdáis la vida, no hacéis sino cumplir con vuestra obligación y vuestra palabra.

— ¡Nunca, señor marqués! Para este trance debierais buscar á los que quisieron asesinarme; no á mí, á quien generosamente defendisteis.

— Pues mirad cómo ha de ser — repuso el marqués en el extremo de la exaltación — porque juro

á Dios que aquí os mato como á un perro para que guardéis mi secreto, y luego mataré al Rey.

Comprendió Vega que con hacer el sacrificio de su vida en aquel momento á manos del furioso marqués no conseguiría evitar el abominable crimen que éste proyectaba, y ya fuese para ganar tiempo ó ya porque se le ocurriese una idea repentina, el capitán bajó la cabeza como hombre que madura una resolución, y luego, levantándola de nuevo, repuso tranquilamente:

— Podéis tomar á cobardía mi repugnancia, y echarme en rostro que no soy fiel cumplidor de mi palabra. Dueño os hice de mi vida cuando me la salvasteis, y cierto que no os dije de qué suerte habíais de disponer de ella. La dejé por entero á vuestro arbitrio, y hoy venís á pedírmela del modo que os place y os conviene. Sin derecho alguno discuto vuestro proceder, porque, en verdad, mi obligación consiste en obedeceros ciegamente, como el acero al brazo que lo maneja. Perdonad, pues, mi contradicción y disponed de mí como os acomode.

— ¿Daréis fuego á la mecha?

— En el punto y hora que lo ordenéis... Moriré pagándoos la deuda de mi vida.

— Hacedlo bien y os salvaréis. Contad luego conmigo para todo.

III

Rodeado de su fastuosa corte, y ciego del humo del incienso que los poetas quemaban en loor suyo, el gran rey Felipe IV se disponía á presidir la representación de una famosa comedia en su teatro del Buen Retiro.

Requería la comedia gran tramoya, y mucho decorado, y numeroso personal de bailarinas, músicos y acompañamiento, y con este motivo habían entrado y salido en Palacio multitud de gentes durante los días anteriores para ensayar y disponer las cosas de modo que la función fuese de lo más lucido y sorprendente que se hubiese visto desde que había teatros en España.

A merced de aquel entrar y salir de gentes, pudo el marqués de Liche hacer que sus cómplices introdujesen el barril de pólvora y lo colocasen bajo el aposento ó palco del Rey. Asimismo facilitó la entrada al capitán Vega para que viese dónde se hallaba el barril, y discurriese el modo fácil de prender fuego á la mecha después que el Rey ocupase su asiento.

El capitán lo examinó todo con gran detenimiento sin decir palabra, y ofreció luego al marqués que quedaría satisfecho de su conducta.

Llegaron, como digo, Rey, y cortesanos, y poetas, y embajadores, y ministros al lugar donde había de representarse la comedia, y nadie que viese aquella pompa y aquel regocijo general hubiese adivinado que los inmensos dominios en que ondeaba la bandera española pocos años antes habían sufrido quebrantos de tal cuenta, que con ellos, estos es, con los jirones que á España le habían arrebatado podían formarse naciones poderosas. Iba cayendo el fabuloso poderío de España, como piedra que rueda desde lo alto de escarpada cumbre, y hasta el honor de nuestros tercios había quedado maltrecho á los ojos del mundo desde la famosa batalla de Rocroy. Francia se había quedado con el Rosellón y la Cerdeña: con Portugal habíanse declarado independientes el Brasil y las grandes posesiones coloniales que tenía en el Africa y Asia el antiguo reino lusitano; los Países Bajos estaban reducidos á miserable término, y toda Europa, excepción hecha del Imperio que más nos servía de estorbo que de ayuda, se había puesto en guerra abierta con nosotros, obediente á la política de Richelieu y Mazarino, continuada tenazmente por Luis XIV.

Pero Felipe IV y sus vanidosos cortesanos no perdían por eso las ganas de divertirse, ni las ruines pasiones de la envidia y la ambición dejaban de levantar en ánimos como el del marqués de Liche tempestades tan violentas que podían dar al traste con la misma vida del Soberano.

En aquel temeroso rodar del gigante por los precipicios de la ruina, nadie parecía tener ni alientos para evitarlo, ni lágrimas para llorarlo. Diríase que se celebraban con bailes y fiestas los funerales de nuestro colosal poderío.

Mientras se apercibían todos para asistir á la representación de la comedia, el marqués, pálido é inquieto, no quitaba ojo del aposento del Rey, bajo el cual creía que debía estar ya oculto Francisco Vega, con el eslabón dispuesto para encender la mecha en el momento oportuno.

Concluyeron los preparativos, y cada cual fué á ocupar el sitio que le correspondía, yendo el Rey á su palco con los grandes servidores que estaban de semana.

Apenas había puesto el pie en el aposento, salió una voz gritando: ¡Traición! ¡Sálvese el Rey! ¡Pólvora bajo su aposento!

Prodújose con esto infernal tumulto entre los concurrentes: las damas, como de costumbre, dieron en desmayarse unas tras otras; los caballeros metieron mano á las espadas, como si con las espadas pudiera defenderse al Rey de la explosión de la pólvora, y los guardias lanzáronse bajo el palco, de donde sacaron el barril con gran espanto é indignación de todos.

A oídos del Rey había llegado ya por ciertas confidencias que el marqués de Liche hablaba de propósitos siniestros contra su persona, y no bien se descubrió la pólvora buscó con los ojos al marqués, que, arrinconado y trémulo, no sabía dónde esconder su temor y su vergüenza.

Iba á mandar que le echaran mano, cuando se presentó un capitán en medio del círculo que formaban los cortesanos, y dijo con tranquilo continente, aunque con la voz un poco alterada:

— A nadie se acuse ni persiga; yo soy el culpable.

La voz de aquel hombre semejábale bastante á la del que había dado el grito de alarma; pero nadie se paró á notar la semejanza, porque el celo de los cortesanos y la cólera de los demás se apresuró á arrojarle sobre el audaz regicida, y hubieranle hecho pedazos allí mismo á no impedirlo el Rey.

— ¿Quién sois? — preguntóle Felipe IV.

— El capitán Francisco de la Vega, á las órdenes del príncipe Don Juan.

— ¿Y á qué fin habéis puesto esa pólvora bajo el palco?

— Sobre esto, señor, no he de decir palabra, ni aquí ni en el tormento. Mátenme, si merezco la muerte; pero nada me pregunten, porque todo será en vano.

Alborotóse el concurso al oír estas contestaciones del capitán, juzgando que era un asesino pagado por Francia ó Portugal para acabar con el Rey y con el reino de resultas.

La opinión, siempre ligera é impresionable, se sobrepuso á los fríos acuerdos de la justicia, y aunque á Francisco Vega nadie pudo arrancarle explicación alguna de su supuesto crimen, como dió además la casualidad de que se descubrieron á dos ó tres espadachines de los que habían metido el barril en Palacio (los cuales ni conocían á Vega ni dijeron nada contra nadie), fué con ellos sentenciado á sufrir la última pena.

Cuando lo supo el marqués, sintió por primera vez después de estos sucesos algo así como abominación y escándalo de sí mismo. Comprendió la nobleza del capitán, que con su grito de alarma había salvado al Rey y con su generosa confesión sacrificaba su vida por el marqués, y como si de pronto se restaurase la nobleza de su origen y la honrada sangre de sus venas clamase en pro de la justicia, rompió en gemidos de dolor y vergüenza, y tomando precipitadamente el camino de Palacio subió á la cámara real, y atropellando la etiqueta, con guardias, sumilleros y cortesanos de toda especie, arrojóse á los pies del Rey y punto por punto le refirió la verdad desnuda, uniéndola á sus palabras sollozos de sincero arrepentimiento.

Oyóle el Rey con benignidad, y asombrado más del alma generosa de Vega que de la bárbara resolución del marqués, mandó llamar al capitán sin pérdida de tiempo, y cuando le tuvo en su presencia le habló de este modo:

— Capitán, con deciros que el marqués me ha referido la verdad de lo que habéis hecho, comprenderéis que, lejos de castigaros, tengo la obligación de concederos una recompensa. Al arrepentido — añadió señalando al marqués — le otorgo mi perdón. A vos ¿qué debo otorgaros?

— Una sola merced, señor — contestó Vega mirando al marqués. — Si el marqués se da por pagado de la deuda que con él contrae, que me nombreis su segundo en el regimiento que va á mandar, como creo, de los que combaten por vos en Portugal.

Conoció el marqués la intención de Vega, y se apresuró á añadir:

— ¡Oh, señor! Quiero, en verdad, lavar la mancha de mi sangre derramándola por vos en el campo de batalla. Conceded á Vega lo que pide, y yo os juro que ambos daremos honor á la bandera de España.

— Sea como lo pedís — contestó el Rey, visiblemente conmovido — y que Dios os proteja á entrambos...

Años adelante, las tropas españolas sufrieron en Amegial una derrota espantosa, que no bastó á impedir el heroico valor de Don Juan de Austria, el

cual, si se portó como bizarrísimo soldado, no dió pruebas de general inteligente.

Muchos generales y jefes y títulos de Castilla cayeron en aquel día infausto para nuestros armas, preludio de la decisiva rota de Villaviciosa, que confirmó la independencia de Portugal y nuestra desventura.

Cuando se tomó cuenta de los muertos en Amegial, vióse al marqués de Liche exánime, junto al cadáver de Francisco de la Vega.

Ambos habían peleado con arrojo y ambos habían caído con honra.

Súpole el Rey y lloró, y hay quien dice que entre lágrimas y suspiros murmuró estas palabras:

— «Hasta lo último ha pagado Vega su deuda. ¿Cómo pagaré yo las que tengo con los que inútilmente mueren por mí?»

VALENTÍN GÓMEZ.

DE LAS ESCUELAS DE PINTURA

PINTORES ESPAÑOLES.

UNA de las causas que dieron á las artes en España una prodigiosa actividad, fué la independencia que gozaban entre sí bajo el aspecto artístico las diversas ciudades principales. Con efecto, Sevilla, Madrid, Valencia, Granada, Zaragoza y Córdoba, eran otros tantos centros de estudio donde se formaban grandes pintores con estilo propio, y sin dejarse arrastrar por ningún influjo exterior. Cada ciudad se glorificaba de tener sus artistas familiares, sus ilustraciones locales; y la dirección adoptada por ellos, hija del carácter especial de los habitantes de cada comarca, de su situación, clima y costumbres, imprimía á las obras del arte un cierto sello de originalidad que fácilmente dan á conocer su origen.

Así como la Italia, la España artística tuvo sus dos grandes siglos, el xvi y el xvii; pero este último fué más glorioso aún para los españoles, así como el primero lo había sido para los italianos. Madrid, Valencia y Sevilla fueron las tres cabezas de las principales escuelas españolas; la primera, la de Castilla, tuvo por su jefe á Velázquez. La segunda se personifica naturalmente en Juan de Juanes, Ribera y Ribalta; y la tercera, ó la sevillana, la más fecunda, cuenta en primera línea á Murillo, Zurbarán y Alonso Cano.

Tales son los siete ú ocho nombres que naturalmente vienen primero que todos á los labios entre siete ú ochocientos al hablar de las escuelas españolas; y ellos son para España lo que para la Italia y la Holanda: diez ó doce grandes notabilidades que el transcurso de los siglos no ha podido hacer olvidar.

Los artistas eminentes cuyo turbulento carácter ó las circunstancias de su vida lanzaron en peligrosas aventuras, en rápidas peripecias, dan á conocer en sus obras aquella fuerza de imaginación, aquella vehemencia de contrastes que sin duda debía inspirarles la rotación continua de sus fuerzas intelectuales. Porque el hombre que regresaba á su obrador de vuelta de un duelo peligroso ó de algún galanteo arriesgado; el artista que ceñía espada y estaba acostumbrado á esgrimir la defensa de su país ó de su persona, no es natural que pudiera inspirarse en la celestial visión de la Madre de Dios sonriendo á su divino Hijo, ó de un santo cenobita implorando el auxilio del cielo con la oración y la penitencia.

Ribera, que, aunque pese á los italianos, era español, fué uno de aquellos hombres audaces y turbulentos, dignos hijos del siglo xvi, que, luchando durante su vida con todos los que le rodeaban, han logrado por el transcurso del tiempo purificar su nombre y hacer reflejar sólo en él la gloria de sus obras inmortales. En ellas, sin embargo, se echa de ver el carácter fuerte, las impresiones trágicas y sombrías de una vida aventurera y extraordinaria; y si bien es cierto que á veces, como hombre superior, para quien nada es imposible, supo elevarse á la grata ternura, al rico colorido de los Vincis y Correggios, también lo es que su título de gloria principal consiste en la representación de la humanidad doliente y agobiada por los padecimientos de la enfermedad ó del martirio; en los colores sombríos, la expresión de la tristeza y del dolor.

Al paso que Ribera busca en la poesía religiosa de los mártires los asuntos de sus composiciones, Zurbarán se supo crear un tipo especial en la uniforme sencillez de los claustrales y variar hasta el infinito las diversas formas del austero religioso dominando sus pasiones por la vigilia y el ayuno, la meditación y el sufrimiento moral; pero un sufrimiento

tranquilo, íntimo y sin aparato exterior. Y tal es el poder del genio, que en manos de Zurbarán es un manantial inagotable de creaciones la mirada pensativa, la frente calva, el monótono hábito blanco de un pobre fraile: ¡pintor verdaderamente místico, que ha sabido hallar en la simple expresión del sentimiento religioso los más variados y seguros afectos, y dar una animación ideal y evangélica á sus mudas figuras, á sus pies inmóviles y desnudos!

El carácter de Zurbarán no era belicoso ni aventurero; no vió la Italia, ni en los cuarenta años de su vida artística hizo otra cosa que pintar para los conventos é iglesias de Sevilla, Jerez y Madrid. Su actividad era igual á su talento, y aunque siempre agobiado de encargos, sabía hacer frente á todos, de suerte que se cuentan sus obras por centenares.

Por diverso estilo, y muy lejos de la vida claustral, supo buscar Velázquez los asuntos de sus admirables composiciones. Artista favorecido por la fortuna, cortesano mimado, amigo casi íntimo de su soberano, hubo de ejercitar su talento en los excesos de lujo y de magnificencia que pasaban en su derredor. Pudo saborear todos los placeres del amor propio, que en otros países hicieron la gloria de los Vincis, Tizianos, Rubens y Wan-Dyk. Sus obras, aunque muchas, fueron casi todas dedicadas al monarca, que parecía haber comprado absolutamente y de antemano todos los frutos de su pincel. Bien sabido es que Felipe IV se preciaba, como su padre y su abuelo, no solamente del título de aficionado, sino del de artista; y para probar el alto aprecio que un tal monarca debía hacer de tan gran pintor, no hay más que recordar aquí la sabida anécdota del cuadro de familia, en que habiéndose retratado á sí mismo Velázquez, le pintó el Rey en el pecho la cruz de Santiago, sublime inspiración que luego imitó Napoleón con el célebre artista David. Velázquez, pues, colmado de honores, títulos y hasta misiones diplomáticas, murió después de una larga carrera en Madrid, su patria, sin haber nunca luchado con la adversidad; ¡privilegiada condición y muy ajena, por desgracia, de la existencia de la mayor parte de los grandes genios!

Pero en cambio, ¡cuántos de nuestros artistas españoles han arrastrado una vida agitada por la desgracia! ¡Cuántos no se han visto lanzados á los más deplorables extravíos, por la fuerza de su carácter, ó por la turbulencia de su imaginación!

¡Qué existencia más tristemente varía que la de Alonso Cano, esta especie de Cellini español, con sus duelos, sus pleitos, sus quimeras, sus persecuciones y encarcelamientos; su retiro del mundo á la vida religiosa, y sus disputas con el Cabildo de Granada; sus espléndidos dones de parte de sus obras, y su exageradas pretensiones por las otras; la rica variedad de éstas en arquitectura, pintura y escultura, y los diversos estilos y contradicciones que marcaron su larga y animada carrera!

En cuanto á Juan de Juanes, este otro pintor místico, aunque de carácter más dulce y tranquilo; este hombre en cuyas obras de rara perfección se revela la fe y el santo entusiasmo del artista, que se preparaba con la sagrada Comunión antes de darles principio, es doblemente ilustre por su mérito intrínseco, y por haber sido el fundador de la escuela valenciana, que es la que más analogía guarda con la de Rafael.

Si la existencia de Velázquez fué lujosa y espléndida y las de Cano y Ribera turbulentas y borrascosas, la de Murillo, por el contrario, no ofrece en toda ella más circunstancias que las comunes de la vida. Tras de una juventud laboriosamente empleada en obras de surtido, que los compradores malpagaban, tuvo la fortuna de encontrar en Madrid, y en el gran Velázquez, un protector generoso que le puso en situación de seguir los buenos estudios y desarrollar su privilegiada imaginación. De vuelta á Sevilla, trabajó allí durante cuarenta años sin interrupción y sin descanso una multitud prodigiosa de cuadros, en los cuales se señalan bien por lo menos tres épocas distintas de sus conocimientos, de su edad y su estilo, aunque en todas ellas se eleva á una altura propia, superior y verdaderamente prodigiosa.

¡Qué de nombres pudiéramos aún añadir para dar siquiera una rápida ojeada por esas diversas escuelas españolas que tanto y tan admirable fruto han producido! ¡Cuán rica sería una simple nomenclatura que (aun haciendo abstracción de los primeros jefes) comprendería para la escuela valenciana á Orrente, Ribalta, Espinosa y Vicente Juanes; para la de Madrid, después de Velázquez, á Berruguete, Gallegos, Pantoja, Pacheco, Coello, Carducho, Tristán, Sebastián Martínez Cerezo, Mazo Martínez, Rizzi y Carreño, y para la sevillana, después de Murillo, Cano y Zurbarán, á Luis de Vargas, Fernández, Céspedes, Sánchez Cottan, los Herreros, Pedro de Moya, Antolínez, Bocanegra, Niño de Guevara,

Meneses, Tovar y Villavicencio! ¡Cuánta fuerza y poderío en estas escuelas en que tantos artistas sobresalen en pintar los sentimientos del alma, en hacer sensible á la vista las más sublimes ideas, en estudiar el corazón para revelarnos sus misterios! Y sobre todo ¡qué de maravillas no ha obrado esta otra maravilla, la fe, la fe pura, religiosa y sublime que inspiraba el pincel del artista y subyugaba la imaginación de un pueblo ardiente y apasionado!

PINTORES ITALIANOS.

El arte en Italia se nos presenta con diversas condiciones que en España: los artistas allí están más diseminados aún; los elementos inspiradores son varios y los géneros diferentes. Pero en Italia como en España, ya hemos dicho que existe esta división marcada en grupos diferentes, y á veces rivales en puntos distantes y sin influencia respectiva, y esto da á las diversas escuelas mayor interés y contraste.

Un convenio más ó menos arbitrario clasificó las diversas escuelas italianas, hasta que Lauzó, con ingenio metódico y reflexivo, y auxiliado con profundos estudios, dividió su patria en alta y baja Italia, para trazar la historia de sus diversas escuelas y pintores, ocupándose: 1.º en la baja Italia, donde halla en primer lugar la escuela florentina; 2.º la de Siena; 3.º la de Roma; y 4.º la de Nápoles. La alta Italia le ofrece en 5.º lugar la escuela veneciana; 6.º la de Mantua; 7.º Módena; 8.º Parma; 9.º Cremona, y 10.º Milán. Trata después aparte de la escuela boloñesa, la 11.ª en el orden que se propone. Ferrara, Génova y el Piamonte, completan en su clasificación el número total de 14 grandes escuelas italianas.

Pero este lujo de aparato puede reducirse á una cifra menos, y para abrazar el conjunto del arte italiano, basta á nuestro entender señalar las cinco escuelas de primer orden que han prevalecido, y otras dos que han alcanzado una gloria secundaria, componiendo un total de siete grandes familias ó jerarquías de pintores italianos, en esta forma:

Escuela florentina y toscana. — Romana. — Veneciana. — Lombarda ó milanese (que comprende Parma, Módena, Mantua, etc.) — Boloñesa (subdivisión tan brillante en la escuela lombarda, que merece una denominación especial). — Napolitana. — Genovesa.

Florence se gloria de ser la madre de todas las escuelas de Italia. En la escuela florentina, que es la de las invenciones atrevidas y del dibujo grandioso, se encuentran los nombres de pintores que, si han podido ser sobrepujados después, tuvieron la gloria de ser los primeros. Tales son Cimabue, Giotto, Paolo Uccello, Fra Filipo, Masaccio, cuyas obras, ya bellas por sí mismas, ofrecen algo más que interés histórico: Ghirlandajo, que fué el maestro de Buonarroti; el Verrocchio, que tuvo por discípulo á Vinci; en fin, aquellos genios colosales, Leonardo y Miguel Angel y á su lado Fra Bartolomeo y Andrea del Sarto. Roma se personifica en el nombre de Rafael, y en su derredor se agrupan los de sus maestros y discípulos Perugino, Julio Romano, Perino del Vaga, el Fattore. Las épocas siguientes dan á Roma el Poussin, Claudio de Lorena (aunque ambos franceses), el Garofolo, Salvator Rosa, los dos Caravaggio, Zuchari, el Barrochio, Andrés Sacchi, el Jussepino, Carlos Maratta, Pedro de Cortona, Batoni, Mengs, erudito alemán, bien conocido en España, que descubre en sus obras más talento que imaginación, más conveniencia que genio.

Si Roma tiene, por decirlo así, el privilegio del dibujo noble y puro, de la composición sublime y calculada, Venecia ofrece el prestigio de su inimitable colorido. A las escuelas sus rivales oponen un considerable número de artistas, diversamente célebres, desde los hermanos Bellini y el Giorgione, pasando después al Tiziano y Pablo Veronés, el Tintoretto á los dos Palmas y Sebastián del Piombo, para llegar á Paris Bordoni, el Vassano, el Paduano y el caballero Liberi, que supo aún dar cierto esplendor á una época de decadencia. En la escuela lombarda nos hallamos á Leonardo Vinci, y muy por bajo de él á Luini, Salai y Gaudiano Ferrari; después el Mantegna y su discípulo el divino Correggio y el Parmesano. La gracia de los pintores de la Lombardía da al claro-oscuro una grande importancia en el arte, y fiados en él disputan á los venecianos la palma del colorido. ¡Qué desemejanza entre el Tiziano y Correggio, y qué de perfección en ambos! Y hay que advertir que Rubens, este otro famoso colorista, no lo fué ni á la manera del Tiziano ni á la de Correggio: tan diversos son los recursos del arte y tantos los caminos por donde el verdadero genio sabe llegar á la perfección.

La ilustración de la escuela boloñesa data de los Carracci. El primer maestro de la mayor parte de los pintores de esta escuela, Dionisio Calvart, es un curioso ejemplo de lo caprichoso y fugitivo de



LA BARCA DE SAN JULIÁN EL HOSPITALARIO. — Cuadro de M. A. Dawant, grabado de M. Ch. Laly.

Ayuntamiento de Madrid

la fama, y hoy apenas es conocido sino por la deserción en masa de sus discípulos, que corrieron a inscribirse en la escuela de los Carracci.

Esta no llegó en verdad a la altura de las grandes épocas de Miguel Angel, Rafael, Tiziano y Correggio; pero aprovechó bien de sus frutos, ofreciendo un conjunto armonioso de las diversas cualidades que llegó a sustituir a la espontánea originalidad. La ciencia de la composición, el dibujo, el colorido, el claro-oscuro, todas las diversas combinaciones del arte con sus respectivos medios concurren para glorificar una escuela simultáneamente ilustrada por Luis, Aníbal y Agustín Carracci, el Dominiquino, Leonello Spada, el Guercino, Albano y Guido Reni.

La escuela napolitana cuenta un origen muy antiguo, y tuvo ya artistas contemporáneos de Cimabue y de Giotto. La fama de sus producciones data desde la llegada a Nápoles de Polidoro, de Caravaggio y del Fattore, ambos desterrados de Roma por el saco de 1527. Después de la dominación de estos imitadores de Rafael, sucedió la de Miguel Angel por el Vasari y Marco de Siena. Vinieron después Ribera (el Españolito), Lanfranco, Guido, Dominiquino, Josephino, Salvator Rosa y el Calabrés; y en la última época Lucas Jordán y Solimena.

En tanto que Nápoles recogía los restos de la escuela de Rafael, después del saco de Roma, y que Julio Romano era llamado a Mantua, Perino del Vaga instituyó en Génova una nueva escuela de pintura. Citanse después las obras que vinieron a ejecutar a dicha ciudad el Tiziano durante una residencia de tres años, después Salimbesi y el Sorri de Siena, después Agustín Tassi, y, en fin, Rubens y Wandyk. Uno de los pintores originarios de Génova que han trabajado más fué Bernardo Strozzi (el Capuchino) una de las glorias de la escuela genovesa.

PINTORES FLAMENCOS, HOLANDESES, ALEMANES
Y FRANCESES.

Las escuelas flamenca, holandesa y alemana forman con los tipos italianos un contraste notable y fértil en observaciones artísticas. Los nombres más antiguos para cada una de estas tres escuelas son: *Alberto Durero*, *Juan de Brujas* y *Lucas de Leyden*. Por cima de todos los nombres flamencos se eleva el de *Pedro Pablo Rubens*, uno de los grandes genios de la Pintura, y que supo dominar todos los géneros, desplegando en todos ellos la más asombrosa fecundidad de invención, el más seguro cálculo y la ejecución más atinada. El Rubens de la escuela holandesa es *Rembrandt*, lo cual basta para dar a los flamencos una superioridad incontestable si ya no tuvieran para apoyarla un *Wan-Dyk*, un *Teniers* y otros infinitos.

Si desde las grandes escuelas españolas, italianas y flamencas pasamos a la escuela francesa, la hallamos desnuda del interés que aquéllas inspiran por su gran vuelo y la emulación de los diferentes estilos y medios. No hay en Francia aquellos nobles esfuerzos entre ciudades rivales de Madrid, Sevilla y Valencia; de Florencia, Roma, Venecia y Milán; de Brujas, Amberes, Amsterdam y Harlem. Allí, en pintura, no hay más que un nombre: París.

En el siglo XVII cuenta grandes nombres: *Lebrun*, *Mignard*, *Lesueur*, *Poussin* (que la Italia le disputa), los *Jouvenet*, los *Coyvel*, *Rigaut* y *Largillière*. En el siglo XVIII las reputaciones crecen en número y disminuyen en valor. Después de *Subleyras* y *Restort*, ocupan los primeros lugares *Lemoine*, *Natoire* y *Nattier*. Después *Boucher* hace prevalecer su gracia amanerada, su incorrección y convencional colorido. Después *Vanloo*, y luego *Vien*, se esfuerzan en restablecer los estudios severos. *Ironais* y *David* realizan su pensamiento, y la escuela de este último ejerce durante 30 años una dominación despótica, hoy reemplazada por una reacción en que se hallan confundidos todos los géneros, todos los ensayos, todas las imitaciones.

Pero es preciso confesar que si la escuela francesa carece actualmente de disciplina, tiene al menos la ventaja de estar llena de vida y ardor, ha recobrado algo de su antiguo esplendor, pues sus artistas espontáneos parecían haber acabado con *Goya*. *Villamil*, *Fortuny*, *Rosales*, son nombres que vivirán en obras siempre célebres. Italia, indolente y cansada, no tiene apenas más pintores que los que Alemania le envía. Inglaterra no ha podido todavía hacer traspasar de su isla la reputación de algunos de sus coloristas. Alemania, que acaba de reanimar el culto de las artes en Munich, en Innsdorf, en Berlín y en Francfort, y que ha fundado una colonia artística en la misma Roma, sólo aspira hoy a elevar una escuela rival de la francesa.

Lo que pudiera ocurrirles mejor a los franceses y alemanes, sería que se dedicasen a estudiar sinceramente los verdaderos maestros que ofrecen más que imitar, los antiguos españoles e italianos.

EL HUERFANITO

¡Pobre niño...! de rodillas
Orando está con fervor,
Vuelos al cielo los ojos
Que una lágrima anubló.
¿Por qué llora...? ¿Por qué deja
En esa tumba una flor
Besando sus tiernas hojas
Que con su llanto regó...?
Trémulo el labio inocente,
En medio de su oración,
El dulce nombre de ¡madre!
Más de una vez balbució...
¡Pobre niño...! no me digas
La causa de tu dolor:
¿Qué ha de hacer sino llorar
Quien una madre perdió,
Quien ha perdido con ella
Primero y único amor,
Siendo sin amor el alma
Como la tierra sin sol?
¡Ay! en el pecho escondidas
Dentro de su corazón
Guarda confusas memorias
De dicha que ya pasó.
Allí grabada contempla
Cual vagarosa visión,
Dulce imagen de una madre
Que sus sueños arrulló.
¡Era su mirar tan dulce,
Era tan suave su voz,
Encerraba su sonrisa
Tantos tesoros de amor!

Mas ¡ay! que el sabroso cáliz
En que la dicha bebió
Entre dorados ensueños
De inocencia y de candor,
La mano de la desgracia
De sus labios le apartó
Derramando por el suelo
El néctar embriagador.
Su padre ¡padre del alma!
Que apenas le conoció,
Murió en la guerra lidiando
Por su patria y por su Dios:
Su madre al saberlo... ¡pobre
Madre de su corazón...!
En dolorosa congoja,
Al darle un beso de amor,
Sobre la frente del niño
Su aliento se congeló!
El recuerda que en la cuna
Oyó al dormirse su voz,
Y al despertar, a su lado
Mudo cadáver halló...!

En vano, en vano, de entonces,
Mirando en su derredor,
El infeliz huérfanito
Suspirando la llamó:
Errante anduvo buscando
Una mirada de amor,
De aquellas con que su madre
En la cuna le miró:
Buscó su dulce sonrisa,
La ternura de su voz...
¡Quien sepa qué es una madre
Podrá decir si lo halló!

Enfermo, desnudo, hambriento,
Hambriento de pan y amor,
Temblando a la férrea puerta
Del filántropo llegó;
Portero de adusto ceño,
De genio agreste y feroz
Con injurias y empujones
De la puerta le arrojó,
Y vió con indiferencia
La lágrima de dolor

Que en el revés de la mano
El huérfanito enjugó...!

¡Pobre huérfanito mío!
No llores, niño, por Dios;
No llores, porque tu llanto
Me quebranta el corazón!
Tú que llorando el desvío
Con que el mundo te miró
Vas a ver si en esa tumba
Hay quien te entienda mejor,
Haces bien; deja ese mundo
Que del placer corre en pos,

Y el rumor de sus orgías
No turbe tu triste voz.
No te acerques otra vez
A ese orgulloso señor;
De hierro tiene las puertas,
De mármol el corazón;
Si filántropo se llama,
O es una mentira atroz,
O ama quizás a los hombres,
Pero a los ángeles no.
Ven, niño, ven, y no llores,
No llores; que diera yo
Mil vidas, si mil tuviera
Por consolar tu dolor.
Tesoros... tú no los quieres
Ni puedo darte los yo:
Mas puedo darte... una Madre:
¡Cuánto más rico es el dón!
También desolada un día
Al pie de la cruz lloró;
Por eso del desgraciado
Sabe tener compasión:
Toda es dulzura y consuelo,
Toda es ternura y amor;
Su dulce nombre es... MARÍA,
MADRE DE CONSOLACIÓN!
¡Ay huérfanito del alma,
Si la invocas con fervor,
Ella enjugará tu llanto,
Ella alcanzará de Dios
Que al fin de la triste vida,
Mansión de luto y dolor,
Puedas volar con tu madre
A más dichosa región;
Porque es la Virgen María,
Madre del hombre y de Dios,
Para los vivos consuelo,
Para los muertos perdón!

FR. CONRADO MUÑOS SÁENZ.

LOS GRANDES PROBLEMAS



RES grandes problemas han preocupado siempre a la opinión ilustrada de todos los pueblos cristianos, que tanto se afanan por conseguir los últimos ideales del progreso.

La cuadratura del círculo.—Pocos entienden bien lo que significa este primer problema de que nos vamos a ocupar, y realmente nada importa si se comprende la dificultad insuperable para su solución matemática, cual es la de medir con exactitud la circunferencia. Por lo demás, la cuadratura del círculo quiere decir «determinar el cuadrado equivalente en superficie al círculo», y otros entienden que consiste, en «hallar el cuadrado equivalente en perímetro al círculo». De cualquier modo, repetimos, la dificultad estriba en medir la circunferencia con su diámetro, única línea recta que nos es conocida de dicha curva como su generadora y que está en relación con ella.

Por desgracia los diversos métodos cualitativos o matemáticos numéricos, por decirlo así, que sirven para determinar la relación de la circunferencia con su diámetro, preban hasta la evidencia (como sucede siempre en todo problema matemático) que aquélla no puede ser rigurosamente exacta; es decir, que la circunferencia es una línea incommensurable, ó de otro modo, *inmedible* con su diámetro: de manera que cualquiera que sea la división adoptada para el diámetro, ni por pequeñas que sean las partes, nunca se llega a la apreciación absoluta de su circunferencia, luego es indudable que no puede ser medida dicha línea con exactitud rigurosa como exige la ciencia matemática.

Sin embargo, para las aplicaciones de las artes y aun para las del cálculo, como quiera que se llega a la aproximación que pudiera desearse, el problema bajo el punto de vista práctico está resuelto y poco importa que las altas especulaciones científicas no estén satisfechas, tanto más cuanto que no es posible según queda dicho.

La navegación aérea.—He aquí otro problema que no deja de producir también grandes preocupaciones, ocasionando en muchas gentes hasta una verdadera monomanía su solución por el inmenso interés que despierta en el ánimo de todo el mundo tan prodigioso invento, cuya trascendencia está al alcance aun de las gentes más vulgares.

Por fortuna este problema tiene más fácil solución, y para determinadas aplicaciones es indudable que ya está resuelto, si el movimiento atmosférico

no pasa de ciertos límites. Dos son las tendencias en que se inspiran los inventores que persiguen este problema de la navegación aérea: unos se preocupan del vuelo de las aves y persiguen el medio de imitar la sabia naturaleza, cosa verdaderamente imposible, por lo expuesto á multitud de contingencias que en la práctica tendría semejante maquinaria, considerando lo accidentadas y complejas que son las direcciones de los vientos en la atmósfera, donde sólo puede defenderse el ave por su excesiva sensibilidad ante las corrientes de aire y su rapidez en la acción nerviosa de sus músculos, y sobre todo por la variedad de éstos, que les permite cambiar instantáneamente al menor peligro la posición de la cola, del cuerpo y en particular de las alas, ejerciendo el empuje en la dirección precisa para evitar un contratiempo. Esto no puede imitarse con muelles de acero, ni cuerdas, ni engranajes, ni nada, y las personas de buen sentido abandonan ya semejante tendencia. Los otros inventores, que más ilustrados y científicos, ya no son aquellos volatineros que con los *Mongolfieres* asombraban á las gentes vulgares en sus arriesgadas expediciones, se aproximan á la solución del problema, disponiendo un globo de forma determinada, henchido de gas hidrógeno para asegurar su elevación en la atmósfera, y en cuanto á la marcha, se consigue, ó empujado por la corriente atmosférica, desviándola con un timón ó contrarrestándola, si no excede de una velocidad de seis ú ocho metros por segundo, empleando la hélice, movida unas veces por medio de acumuladores eléctricos y otras por un motor de gas que le suministra el del globo, sin grave peligro de que se consuma demasiado y comprometa la elevación del aerostático.

El movimiento continuo.— Este es otro problema que constituye nueva quimera para los poco iniciados en la mecánica, pues generalmente dicen: un artefacto cualquiera bien montado y en equilibrio, la menor fuerza, por insignificante que sea, le mueve, y como la acción de las fuerzas naturales se acrecentan por medios mecánicos, la brisa más insignificante, por ejemplo, que siempre subsiste en la atmósfera, llegará con cualquiera de aquéllas á realizar prodigios: y, unos poniendo azogue en un tubo, otros queriendo montar un molinito de ésta ú otra clase, haciendo siempre maquinarias complicadas á las que dan un primer impulso creyendo deberán estarse moviendo de continuo, todos pierden el tiempo, gastan su dinero ó el del primer desventurado que les auxilia, y últimamente algunos concluyen por perder el juicio, con grave mal de sus pobres familias.

No, están en un error, el movimiento continuo no es posible persiguiéndole mecánicamente, pues si bien la mecánica tiene medios de aumentar las fuerzas, no sucede así con el *trabajo*, que es lo importante, de modo que si bien la materialidad del esfuerzo crece, el trabajo, que es el producto de la fuerza por el camino recorrido, disminuye siempre en toda máquina, por bien montada que esté, á causa de las resistencias pasivas que necesariamente oponen sus engranajes; de manera que el problema, como el primero de que nos hemos ocupado, no tiene solución bajo el punto de vista mecánico, como tratan de resolverle la mayor parte de los profanos en las ciencias físicas.

Sin embargo, en la naturaleza se pierde muchísimo trabajo que antiguamente no había medio de utilizar, como puede hacerse en la actualidad, tal es el que desarrollan las caídas de las aguas y el movimiento del aire; pero hoy dichos esfuerzos es fácil transformarlos en corrientes eléctricas y éstas en trabajo útil, llevándole á grandes distancias de donde tienen su origen, y por otra parte con los acumuladores y el aire comprimido pueden lograrse depósitos de trabajo para que nunca falte tan poderoso elemento del genio humano. Por lo tanto, no debe desconsolarse nadie ante la imposibilidad del movimiento continuo, puesto que la naturaleza nos ha de proporcionar en el día de mañana la fuerza suficiente y muy sobrada para las necesidades de los hombres aun cuando aumenten su número considerablemente sobre la faz de la tierra.

Así, pues, resumiendo, el primer problema y el tercero no tienen solución de ningún modo, el segundo para el arte militar y otras aplicaciones especiales está resuelto, y quién sabe aún si podrán alcanzarse mayores ventajas en un porvenir más ó menos lejano.

G. GIRONI.

¡SI YO TUVIERA MADRE...!

CUENTO

Á MI QUERIDO HERMANITO ÁLVARO.

(Continuación.)

POR Dios y por la Virgen Santísima, Padre Plácido, ponga usted remedio! — exclamó la monja.

— De ello trato, hija, de ello trato... Con la ayuda de Dios y de la Virgen veremos si... Niños, id á correr un poco ahí al pasillo: ¿sí...? No llores, Angelito, que la Virgen lo arreglará...

Mientras el P. Plácido y la madre Asunción deliberaban acerca del mejor medio de arreglar tan delicado asunto, Angelito y Serafina trababan en el pasillo la siguiente conferencia:

— No llores, Angelito, que si no, lloro yo — decía la niña con un gracioso pucherito.

— ¡Ay Serafina, á ti todos te quieren y á mí me riñe la tía Manuela!

— ¿No es mamá tuya?

— No: que no lo son más que la Virgen y mamá Andrea.

— ¡Mamá Andea — murmuró la niña en actitud meditabunda. — ¿Y cuándo vamos á ver á mamá Andea?

— Para verla hay que morirse.

— ¿Y que es morirse?

— Dice la abuelita que morirse los niños es hacerse angelitos.

— ¿Y entonces se ve á mamá Andea?

— Sí, y á la Virgen.

— ¿Tú las vez?

— Yo no.

— ¿Pos tú eres Angelito.

— ¡Toma...! ¡pero no soy angelito de verdad...!

— ¿Y cómo son los angelitos de verdad?

— Son como los niños, pero tienen unas alas muy bonitas.

El P. Plácido interrumpió la conversación llamando á la niña. Los dos hermanitos se despidieron con un beso, y Serafina, puesta de nuevo en el torno, fué recibida en los brazos de su tía, que la besaba llorando.

— ¡No olvidarlo, P. Plácido, por la Virgen Santísima! — dijo la madre Asunción.

— Encomendarlo mucho á la Virgen, hija — replicó el P. Plácido.

— Adiós, tía.

— Adiós, hijo mío.

II

Aquella noche preguntaba Serafina á la madre Asunción:

— Madre Asunción, ¿soy yo buena niña?

— Sí, hija mía; ¿por qué lo dices?

— Porque me dice tú que si soy buena me enseñala la Virgen á mamá Andea. ¿Cuándo me la enseña?

— ¡Jesús...! ¡la salida de la chiquilla...! — pensó la monja. — Cuando quieras mucho á la Virgen.

— Yo la quiero mucho; mucho, muchote.

— Cuando la quieras más.

Un rato de pausa y luego otra pregunta de la niña:

— Madre Asunción, dice Angelito que morirse lo niño es hacerse angelitos: ¿es verdad?

— Sí, hija mía.

— ¿Y las niñas?

— Angelitos también, hija mía, ¿qué más da?

Otro rato de pausa, y de nuevo otra pregunta:

— Madre Asunción, dice Angelito que para ver á mamá Andea hay que ser angelito.

— Sí, hija mía.

— ¿Pos yo quiero morirme para ser angelito y ver á la Virgen y á mamá Andea.

La monja quedó al principio aturdida al oír á la niña, y después se sonrió:

— Y luego — dijo — ya no te veré yo más, hija mía, ni tu papa, ni la abuelita, ni Angelito, ni mamá Manuela...

— ¡Zi, que entonces seré angelito de verdad, y tendré unas alita mu maja y vendré á darte un beso, y oto á papa, y oto á la abuelita, y oto á Angelito y oto á mamá Manuela...

Tomó la monja en brazos á la niña, y entre risas y lágrimas empezó á besarla diciendo:

— Bendita sea esa boca, hija mía: tú si que eres angelito: ¡hermoso angelito del pelo rubio...!

¡Que Dios conserve tu inocencia, hija mía...!

A la mañana siguiente, después de decir misa y encomendar á Dios el asunto que no le había dejado dormir, se dirigía el P. Plácido á la casa del carpintero. La madre Asunción, que le esperaba con inquietud, le vió por fin volver triste y abatido.

— ¿Qué hay? — le preguntó con terrible angustia.

— Encomiéndalo mucho, pero mucho, á la Virgen hija; no te digo más.

— Padre, por Dios, no me haga padecer. Dígame algo.

— ¿Y qué te voy á decir, criatura, qué quieres que te diga?

— ¿No ha conseguido nada?

— Nada por ahora.

— ¡Virgen Santísima...! ¿Pero qué dicen, Padre mío?

— ¡Vaya...! te empeñas en que te lo diga todo...! ¡si sois lo más curiosas las mujeres...!

— Por amor de Dios, Padre, dígame lo que hay.

— ¿Lo que hay...? Que allí no se convence nadie, porque todos tienen razón y ninguno la tiene. Manuela cree que Antonio, Angelito y Hermenegilda no la pueden ver: éstos juran y perjuran que ella es la que no puede ver al niño, y todos se equivocan de medio á medio; pero, sí, vaya usted á convencerles... Hablas á Manuela, y quejas y llores; hablas á los otros, y tres cuartos de lo mismo... Y pare usted de contar... De ahí no se les saca con cinco pares de mulas... ¡Bien lo ha enredado el demonio! ¡Malo... malo... malo! En fin, lo dicho: que lo encomiendes mucho á Dios.

— ¿Pero no tiene usted ninguna esperanza?

— ¡De tejas abajo ninguna...! Digo, sí, aguarda, — añadió pasándose la mano por la frente como reflexionando — hay una... ¡sí...! ¡excelente idea! La Virgen, vaya, la Virgen me la ha inspirado en este momento... ¡Justo!... ¡una esperanza...!

— ¿Cuál es? Acabe, P. Plácido.

— Manuela está próxima á ser madre.

— Bien, ¿y qué?

— ¡Tú déjala que sea madre, y verás!... ¡Si no falla, hija, no falla...!

Y encargando de nuevo á la monja que encomendase el asunto á la Virgen, el P. Plácido volvió á sus flores y á sus pájaros.

Pocos días después notó Angelito gran movimiento en su casa: todos lloraban, incluso Antonio. A la tarde sólo quedaban en casa Angel y su abuelita.

— ¿Por qué lloras, abuelita? — preguntó el niño.

— Porque no puedo ver á la niña, que lleva hoy flores á la Virgen.

— ¿Y por qué no me dejan ir á mí?

— ¿No quieres acompañar á tu pobre abuelita?

El niño se calló abrazando á la tía Meregilda, que cubrió, llorando, su frente de besos.

En la torre sonó un alegre repique de campanas: y la tía Meregilda cruzó las manos, lanzó un suspiro y no pudo reprimir esta exclamación:

— ¡Adiós, hija de mi alma...! Hoy hace un año que llevabas flores al altar de la Virgen, y hoy se las llevas al cielo...!

— ¿Por qué lloras, abuelita? — volvió á preguntar el niño.

— ¡Serafina se ha hecho ya un angelito!

— ¡Se ha muerto...! ¡Dios mío...! — exclamó el niño llorando.

— No se ha muerto; se la ha llevado la Virgen y está con ella y mamá Andrea.

Angelito lloró amargamente la muerte de su hermanita, acompañando á su abuela, que trataba de consolarle, con necesidad ella de consuelo. Un garrotillo había acabado rápidamente con la vida de la preciosa niña, que espiró al año justo de hacer á la Virgen aquel ofrecimiento:

¡Te amo,

María,

Mi gloria,

Mi bien:

Las flores

Te ofrezco...!

¡Y el alma

También!

Con el mismo vestidito de ángel, y la misma corona, y también con un ramillete de flores en la mano, fué llevada al cementerio. Se había convertido en *angelito de verdad*, y había ido á ofrecer sus flores á la Virgen en el cielo.

La Madre Asunción recordaba con lágrimas las preguntas que pocos días antes le dirigió la niña, y exclamaba:

— ¡Deseaba morirse para ser angelito y ver á la Virgen y á su madre, y Dios se lo ha concedido...! ¡Dichosa ella...!

La tía Meregilda, por su parte, recordaba también que al espirar Andrea había prometido á la niña llevarla pronto consigo.

Y el P. Plácido, lleno de emoción, decía:

— ¡Si no podía menos... si eso no era para este mundo... Si era un angelito esa criatura...! ¡Envidia, envidia y no lástima es lo que debemos tenerle...!

Angelito fué á consolarse con su habitual paño de lágrimas, el P. Plácido. Éste le llevó á la iglesia, y le mostró un angelito de los que rodeaban á la Virgen, rubio, hermoso y sonriente.

— No se ha muerto tu hermanita, hijo mío, no — le decía; — que está con tus dos madres, la Virgen y Andrea. ¿Ves ese angelito del pelo rubio? Pues esa es tu hermanita.

CAPÍTULO V

COMPLICACIONES.

I

Pasaron dos meses. Angelito, aunque no con tanta frecuencia, seguía visitando al P. Plácido y á la madre Asunción. Hallaba inefable consuelo en ver á la Virgen y al angelito del pelo rubio, á quien había tomado cariño porque le recordaba á su hermanita.

Manuela dió á luz una hermosa niña, que por parecerse á Serafina, recibió el mismo nombre en el bautismo. La niña fué el ángel de paz de aquel matrimonio, en el cual, durante los primeros días, no volvió á haber disensión alguna.

— ¿Lo ves? — decía en són de triunfo el padre Plácido á la madre Asunción; — ¡si eso no podía fallar...!

El P. Plácido, sin embargo, olvidaba un dato acerca del cual podía haberle informado la tía Meregilda. La conducta de Manuela había cambiado algo respecto de Angelito: era más cariñosa y condescendiente con él; pero no tanto que le lograra inspirar entera confianza. El niño, pues, no tenía quejas determinadas que alegar contra Manuela cuando le preguntaban la monja y el capellán; pero aun no se resolvía á considerarla como sucesora de Andrea en el título de madre.

— Eso lo hará el tiempo — pensaba el P. Plácido.

Y sin embargo, el niño se iba quedando cada vez más pálido y delgado, y frecuentemente se iba á llorar con la abuelita. Tenía celos de la niña. Cada vez que veía á sus padres acariciarla, se acordaba de las caricias de Andrea y pensaba entre sí:

— ¡Si yo tuviera madre...!

Pero ocultaba su dolor en lo más hondo del alma, y sólo le descubría á su abuela. ¡Pobre niño! No sabía las amarguras que hacía pasar á la tía Meregilda, y que con ellas le precipitaba la muerte, que no podía tardar. En efecto, la pobre abuelita murió, y el niño inconsolable se fué á buscar alivio á su dolor en el P. Plácido y la madre Asunción.

— ¡Todos los que me querían se mueren...! — decía llorando amargamente; — ¿por qué no me lleva también á mi la Virgen con mi madre y mi hermana y la abuelita? P. Plácido, dígame usted á la Virgen que me muera, que yo quiero estar donde me querían...

— ¿Pues no te quieren en casa, hijo mío? — preguntó la monja.

— No me quieren, que quieren á la niña nueva.

— ¡Ta, ta, ta...! — exclamó el P. Plácido — ¡ya pareció aquello...! ¡Si decía yo que tú te quedabas flaco y amarillo...! ¡Y yo que echaba la culpa á las lombrices...! Pues, señor... esto es una complicación imprevista... ¡Es claro, es claro...! ¡Él quiere estar donde le querían...! Justo y cabal... Amor, amor es lo que todos necesitamos... Es decir: ¡madre, madre...! ¡No hay que darle vueltas...!

— De modo — continuó dirigiéndose al niño — que si Manuela te quisiera como mama Andrea y como quiere á la niña nueva, que dices tú ¿estarías contento?

— ¡Oh! ¡si me quisieran...! — exclamó el niño.

— ¿Y la querías á ella mucho, y la llamarías mama y todo, y querías á la niña nueva?

— Sí — respondió Angel inclinándose á la vez la cabeza.

— ¡Claro, es claro...! Justa la cuenta... Lo dicho: ¡amor, amor... madre, madre...! Y estos niños sobre todo...

— P. Plácido ¡por la Virgen Santísima...! — dijo la madre Asunción.

— Sí, sí, corriente... Yo me encargo... Es decir, se encarga la Virgen... Hijo mío: la Virgen es tu madre y te quiere mucho... Ella lo hará... Verás cómo te quieren como á la niña nueva.

Angelito se despidió de la monja y fué con el P. Plácido á hacer la acostumbrada visita á la Virgen y al angelito del pelo rubio. Después de rezada la Salve, consolaba el anciano al niño con cariñosas frases, y extendía el niño los brazos á la Virgen diciendo del fondo de su alma:

— ¡Madre mía!

De pronto preguntó Angel:

— P. Plácido ¿por qué han apagado la lámpara?

— ¡Si está ardiendo, hijo mío!

— ¡No veo á la Virgen ni al angelito del pelo rubio...!

— ¡Jesús...! — exclamó el anciano acudiendo en auxilio del niño, que caía al suelo.

Angelito se había desmayado.

— ¡Malo... malo... malo...! — dijo el P. Plácido mientras auxiliaba al niño: — aquí tiene la Virgen mucho que hacer... este niño está enfermo... este niño necesita amor... ¿Qué es eso, hijo mío...? ¿Estás mal? — preguntó al ver que volvía en sí.

— Sí, señor: tengo aquí no sé qué. — respondió Angel poniendo la mano en el pecho.

— Vamos, hijo mío: yo te llevaré á casa, vamos... Eso no es nada... la Virgen te curará.

El P. Plácido llevó de la mano al niño á casa de sus padres, é hizo á Manuela que le acostase, encargándole tuviese de él mucho cuidado. Manuela se asustó al principio, y sintió en el corazón algo así como remordimiento, ocasionado por breves palabras que al partir le dijo al oído el sacerdote.

II

El día siguiente era la víspera de la fiesta de la villa, que se preparaba á festejar á su patrona la Virgen. Aunque aliviado el niño, guardó cama todo el día, por orden expresa del médico y el P. Plácido, que vinieron á visitarle.

A la hora del anochecer, Antonio, dejando el trabajo, había subido á ver á Angelito, y sentado á la cabecera de su lecho, le acariciaba, y dirigía dulces palabras. Todo el día había estado lloviendo á cántaros, razón por la cual el ambiente estaba fresco, y para que el viento no molestase al niño, estaba cerrada la puerta del corredor. Sobre la mesa lucía un velón. Manuela preparaba entretanto en la cocina un caldo para el niño.

— Verás, verás — decía á éste su padre — cómo mañana ya estás bueno y te ponemos la ropa maja para que vayas á ver á la Virgen.

La niña, que dormía en una cuna inmediata, empezó á llorar. Antonio se levantó, la tomó en brazos y la acalló con dulces halagos y besos. Paseábase el carpintero con su niña á lo largo de la habitación, cuando al pasar junto á la alcoba, advirtió que Angelito volvía hacia la pared el rostro oculto entre las manos y lloraba.

— ¿Qué tienes, Angelito? — le preguntó acercándose al lecho.

— Yo quiero morirme — respondió sollozando el niño.

— ¡Vaya una ocurrencia...! ¿Y por qué?

— Para ir donde me quieran.

— ¡Pues qué! ¿no te queremos aquí?

— No; que quieren á la niña nueva.

Un rayo de luz penetró repentinamente en el alma de Antonio y comprendió lo que pasaba por la del niño. Entonces volvió á halagarle diciendo:

— No, hijo mío, no; si es á ti á quien queremos... ¡á ti sólo, Angelito...!

Un gemido, y el ruido de una vasija que se cae y se rompe interrumpieron á Antonio. Salió de la alcoba y halló á Manuela temblorosa, pálida como un cadáver, apoyada en el marco de la puerta, y hecha pedazos á sus pies la taza en que traía el caldo para el niño.

— ¿Qué es eso? — dijo Antonio tendiendo una mano para sostener á su mujer.

— Pero ésta, irguiéndose de repente y rechazando la mano de su esposo, le dijo con amarga sonrisa:

— ¡Qué es eso...! ¡Virgen Santísima...! ¿Y tú me lo preguntas?

— ¡Manuela!

— ¡Trae esa niña!

Y con extraordinaria rapidez, con la intrepidez de la leona á quien roban sus cachorros, arrebató á la niña de los brazos de su marido, y se dirigió con ella á la cocina. Brotaron de sus ojos raudales de lágrimas, besaba á la niña con frenesí, y gritaba como una loca:

— ¡Hija mía...! ¡hija de mi corazón...! ¡Si; si ya lo sabía yo, hija de mis entrañas...! ¡Si ya sabía yo que aquí no te quieren...! ¡No te quiere nadie más que tu madre, hija de mi alma...! ¡Nadie más...! ¡Vámonos, hija mía, vámonos de aquí, que no nos quieren...! ¡

— ¡Pero, Manuela...! — exclamó Antonio, que había seguido á su esposa estupefacto.

— ¡Calla, calla, malvado, mal padre...! — respondió ésta sentándose en un escaño y abrazando á su hija con ardor febril. — ¡Calla...! ¿No te lo he oído yo misma...? ¡Ya sé que no quieres á la niña... que no nos quieres; ya lo sé...! ¡Déjamela, que es mía, y yo me la llevaré...! Ya nos iremos las dos de aquí... Vámonos, hija mía, vámonos, que no nos quieren... Antonio, que en vano se esforzaba por hacer que su esposa le escuchase, cuando vió la inutilidad

de sus esfuerzos, echó un taco, bajó la escalera y salió á la calle furioso, sin saber adónde se encaminaba. La noche se iba cerrando. Antonio seguía con pasos tortuosos la solitaria calle adelante, cuando sintió apoyarse en sus hombros una mano, y oyó una voz que con grosera interjección le preguntaba:

— ¿Adónde bueno, compadre?

— ¡Al infierno! — respondió el carpintero sin saber lo que decía.

— ¡Hola...! buen viaje, Antonio, y divertirse — añadió su interlocutor con brutal carcajada.

— Déjame en paz, Juramentos, que estoy desesperado.

— ¿Pero, adónde vas, hombre?

— ¿Qué sé yo? déjame: á tirarme al río, que esto ya no se puede sufrir.

— ¡Chico...! no te alabo el gusto: ¡ahogarse en agua...! Quitá allá, hombre ¡si fuera en vino...!

— No estoy para bromas, Juramentos.

— No te pongas serio, hombre, que ya sabes que como amigo estoy siempre á tu disposición... A la taberna conmigo ahora mismo, y déjate de tontearías... Armamos una *groma*, y vengan penas...! ¡Qué agua ni qué...! ¡Vino, vino y vino...! ¡Y luego, mas que se hunda el mundo...! Esta noche cogemos *la gran cogorza*, y ya verás cómo se pasa el berrinche... Nada: *la pitima hache* cogemos esta noche...!

Antonio sintió que Juramentos le cogía del brazo.

— Te digo que me dejes en paz — le dijo rechazándole.

— ¡Pero date á razones, hombre...!

El carpintero dió una recia patada en el suelo acompañada de una blasfemia. Era la primera que pronunciaba en su vida. ¡Una blasfemia contra la Virgen...!

— ¡Eso es hablar como hombre! — berreó Juramentos entusiasmado al oírle.

— ¡Hijo de mi alma! — exclamó al mismo tiempo una voz á la espalda de Antonio.

Volvió éste la cabeza y se encontró con el padre Plácido, que de pie, inmóvil, cruzadas las manos, le miraba con los ojos preñados de lágrimas. Antonio quedó helado, y por un movimiento maquinal se quitó el sombrero.

— ¿Sabes lo que has dicho, hijo mío? — preguntó con dulzura el sacerdote.

Antonio no le respondió.

— ¡Infeliz! — continuó el anciano; — ¡has blasfemado de la Virgen, que es tu madre!

— ¡Perdón, P. Plácido, que no sabía lo que decía! — exclamó Antonio cayendo de rodillas sin poderse contener.

— Lo sé, hijo, lo sé, que tú no eres malo... — le dijo levantándole y echándole los brazos al cuello. — ¿Adónde vas?

— ¿Qué sé yo?

— Á la taberna ahora mismo conmigo — dijo con sus habituales interjecciones Juramentos.

— ¡Silencio, Pedro! — advirtió el P. Plácido, único acaso que en el pueblo sabía el verdadero nombre de Juramentos; lo cual no era extraño, porque el santo de su nombre era el que peor librado salía de su boca.

— No me da la *rial* gana, que aquí lo que *quiere* usted es *engatusarle* y meterle la pala cristiana con su sermón de la Virgen.

— Que te hace á ti mucha falta.

— Ya me lo ha dicho usted cincuenta veces, á aun no he echado de menos á la madre que usted dice.

— Pues la echarás... ¡y pronto...! — respondió el sacerdote con tono profético.

— Vaya: fuera *palique*, y vamos á la taberna — dijo el molinero dando un empujón al P. Plácido y asiéndose del brazo de Antonio.

El P. Plácido vaciló y cayó al suelo, y Antonio, desasiéndose violentamente de Juramentos, se puso enfrente de él y le dijo con los puños cerrados:

— ¡Miserable...! ¡cobarde...! ¡eso no se hace nunca con un anciano...! ¡Hazlo conmigo...!

— ¡Hijo mío, hijo mío...! — exclamó el sacerdote levantándose con rapidez y poniéndose con los brazos extendidos entre los dos—déjale: yo le perdono.

Juramentos bajó la cabeza, volvió la espalda y desapareció por una callejuela, demostrando una vez más que todos los fanfarrones suelen ser cobardes.

— ¿Qué te pasa, hijo mío? — preguntó el sacerdote abrazando á Antonio de nuevo.

El carpintero reflexionó un momento, se serenó algún tanto, y andando con el P. Plácido hacia el convento, le refirió lo que acababa de suceder con Manuela.

— ¿Y adónde ibas? — le preguntó.

— No lo sé; á cualquier parte... A tirarme al río de cabeza...

— ¡Jesús, hijo mío, qué tentación...!

— ¿Dónde ha de ir uno si en su casa no encuen-

tra amor y buena cara? Cuando vivía mi madre, me consolaba con ella: pero ahora ¿con quién me he de consolar...? ¡Si yo tuviera madre...!

— Lo mismo, mismito que tú, me decía tu hijo, Antonio... Y tú ya sabes que todos tenemos una madre, que es la Virgen...

— Padre: eso es bueno para los niños; pero los hombres...

— Antonio, hijo mío; acuérdate de que Jesucristo dijo que si no nos hacemos como los niños no entraremos en el reino de los cielos...

— ¿Y qué quiere usted que haga?

— ¿Qué...? Rezar ahora mismo conmigo una Salve a la Virgen, y estar en la iglesia rezando hasta que yo vuelva.

— Como usted quiera, P. Plácido.

— Así me gusta, hijo, así me gusta... ¡Si tú tienes buen corazón, hijo mío...! Mira: ó poco tengo de poder, ó esta noche lo arreglo todo... es decir, lo arregla la Virgen.

Entraron ambos en la iglesia, rezando una Salve, y Antonio quedó orando delante de la imagen de María, mientras el P. Plácido salía murmurando:

— La Virgen, la Virgen fué la que me movió a salir entonces para visitar a Angelito... ¿Qué hubiera ocurrido, Dios mío, si yo no llego tan a tiempo...? ¡Pero eso está malo, malo, malo...! ¡Aquí no hay más remedio que dar un corte... un corte por lo sano...! ¡Virgen Santísima, ayúdame!

FR. CONRADO MUÑOS SÁENZ.

(Se continuará.)

EL ARBOLADO



LA importante cuestión de la conservación de los montes ha sido objeto de estudio por la prensa, encareciendo las importantes funciones que ejercen en la vida y bienestar de los pueblos, motivo que impone el ineludible deber de que el Estado atienda a su fomento, satisfaciendo así una necesidad general que no puede llenar el interés privado é individual.

Las Cortes acordaron la ley de repoblación, fomento y mejoras de los montes públicos, si bien los recursos dedicados a su ejecución son tan exigüos que no permiten realizar los fines laudables a que tiende aquella disposición legislativa. Últimamente, un ilustrado y digno diputado, el catedrático Sr. Puerta, ha sometido al examen del Congreso un proyecto de ley encaminado al fomento del arbolado. Sensible es que no se imite a los Gobiernos francés é italiano, que han consignado en los presupuestos crecidas cantidades para atender a la repoblación de los montes, así como para despropiar terrenos de propiedad particular, impropios para el cultivo agrícola, a fin de hacer en ellos plantaciones de arbolado forestal.

Pero la acción del Gobierno no es suficiente por sí sola para conseguir la propagación del arbolado, si el particular por su parte no coadyuva a dicho fin, convencido del beneficio que con ella presta al país, y no sólo respeta los árboles existentes, si que también los propaga y aumenta, considerando que ellos son altamente útiles bajo todos conceptos.

El Ministerio de Fomento ha encarecido la necesidad de que se imprima a la juventud hábitos de respeto a los animales y plantas, enseñando en las escuelas las ventajas que unos y otros reportan a la agricultura, a la higiene, y en general a la vida y bienestar de los pueblos.

La necesidad del arbolado es de tal necesidad, que sin él no es posible la vida animal, y así el *Génesis* dice «que el reino animal no apareció en la tierra hasta que cubierta de plantas pudo hallar aquél los medios de subsistencia en las variadas producciones vegetales.»

Los árboles purifican el ambiente, impregnándolo además de sustancias aromáticas que algunas especies desprenden, y cuya influencia es muy eficaz para sanear terrenos insalubres y pantanosos de que se desprenden miasmas fétidos y nocivos para la salud. Algunas comarcas, señaladas por la existencia de fiebres perniciosas, se han saneado con plantaciones arbóreas, en particular de eucaliptus, como se ha verificado principalmente en ciertas localidades de Italia, donde reinaba la *malaria*. Hasta las personas más ignorantes reconocen lo beneficioso que es en la salud la vida del campo, por la mayor pureza del aire, saneado por la acción benéfica de las plantas, que, como es sabido, lo saturan de oxígeno, que es el principal elemento de la vida de los seres animales.

Respecto al clima, también ejercen las masas arbóreas una influencia esencial en modificar sus rigores en los extremados, acortando la diferencia de

temperaturas extremas. Los bosques influyen al igual que los grandes depósitos de agua, de manera que una comarca con montes se asemeja, bajo el punto de vista físico, a una rodeada de agua, ó sea que su clima en sus manifestaciones tiene los caracteres de un clima del litoral ó marítimo. También por los fenómenos térmicos é higrométicos que realizan los árboles, constituyen a regularizar el régimen de las lluvias, haciendo que éstas se sucedan con periodicidad y constancia, evitando de este modo las lluvias torrenciales que tantos daños producen a los campos, y son el origen de las inundaciones que tantos destrozos ocasionan a los pueblos y tantas víctimas causan entre los habitantes de los países inundados. Y como consecuencia de esta regularización de las lluvias se sigue la disminución de las sequías, que agostan los campos, destruyen las cosechas, aniquilan los prados y arruinan al labrador y al ganadero.

En otro orden de consideraciones también conviene recordar los múltiples productos que se obtienen de los árboles. En primer lugar, maderas de construcción para levantar nuestras viviendas, construir embarcaciones, fabricar muebles y otros muchos objetos de uso constante en la vida doméstica.

Las leñas para los hogares, que en muchos pueblos de la sierra es indispensable para la vida, y el combustible para muchas industrias, lo suministran los montes, y no tiene reemplazo por otros productos. Muchos principios medicinales se obtienen de los árboles, así como también gran número de materias industriales, que sería muy largo enumerar; pero limitándonos al pino, basta decir, que de él se obtiene la resina, de la cual se derivan gran número de productos industriales, como aguarrás, alquitrán, brea, trementina, colofonia, ácido piroleñoso, negro de humo, sustancias tintóreas, etc.; de las hojas se fabrica pasta para elaborar papel, así como se obtiene una fibra llamada en Alemania *lana de los bosques*, con la cual se hacen tejidos, elásticos, medias, etcétera, muy propios para el abrigo y curación de afecciones reumáticas.

Es preciso que los labradores se convenzan de lo necesario que es fomentar el arbolado, desvaneciendo las preocupaciones que aun subsisten desgraciadamente en algunas regiones, de que los árboles perjudican a la agricultura disminuyendo las cosechas, cuando es precisamente lo contrario; y así en el extranjero, por regla general, se tiene afición al arbolado, como lo atestigua el aforismo alemán de no hay monte sin cultivo, ni cultivo sin monte, explicando así lo íntimamente enlazados que están los intereses agrícolas y los forestales.

Plántense árboles en las orillas de los ríos y arroyos, límites de heredades ó fincas, bordes de los caminos y senderos: repuéblense los terrenos pedregosos y áridos, improductivos actualmente, y que coronan las crestas de muchas cordilleras; respétese los montes públicos y los de propiedad particular, repoblando en ellos los claros y rasos que existen, y en breves años experimentaremos los beneficios de tal proceder, y nuestros sucesores bendecirán la conducta de los que previnieron la satisfacción de sus necesidades y les dieron medios de acrecentar las fuentes de la riqueza pública.

MEDIOS ECONÓMICOS DE FILTRAR LAS AGUAS



AHORA que los aluviones del otoño suelen enturbiar las aguas de los ríos, de donde la toman para beber algunos pueblos que no poseen fuentes, vamos a exponer algunos principios generales sobre los filtros, y a detallar uno muy sencillo que puede prepararse caseramente.

Filtrar las aguas, no es purificarlas de olores debidos a sustancias orgánicas que puedan llevar en disolución, ni tampoco quitarlas ciertas sales inorgánicas que contienen en la misma forma y que suele hacerlas perjudiciales a la salud muchas veces, y casi siempre impropias. Esta operación no sirve más que para quitar a las aguas revueltas toda clase de cuerpos extraños, que por su pequeñez arrastran en suspensión y la enturbian alterando sus condiciones alimenticias, pues al fin y al cabo, la cantidad de arcilla y limo que contienen, no sólo las hace repugnantes a la vista, sino que también pueden producir malos efectos en la economía de los individuos que deban beberla.

El efecto, pues, del filtro, es puramente mecánico, porque el limo, sustancia orgánica que arrastran las aguas, es preciso que no haya empezado a descomponerse, pues en tal caso, no hay medio de hacer potable el líquido, sino a costa de reacciones químicas muy difíciles y onerosas, que bajo ningún

concepto deben emplearse. En tal caso, se filtra el agua sencillamente, y se bebe, a no tener otro remedio.

Los filtros más elementales pueden ser un pedazo de tela cualquiera ó un fieltro, ó si no, un marco ó bastidor provisto de un lienzo ó paño, formando algo de embudo. En los laboratorios se emplean los filtros de un papel especial sin cola, que se dobla en varios pliegues para que se adapte a los embudos de cristal que se usan en las manipulaciones.

Veamos la manera más sencilla de construir un filtro para hacer potables las aguas revueltas de un río: se ponen en comunicación los fondos de dos recipientes cualesquiera, dos tinajas, dos cubas, etc.: uno sirve de depósito para las aguas turbias y el otro de filtro; el primero deberá estar más alto que el segundo, tanto como permita la resistencia de éste; a un tercio sobre el fondo del recipiente destinado a servir de filtro, se coloca una división, valiéndose de cuatro palos, hierros, ladrillos, etc.; encima se colocan cantos gruesos de perdenal y después arena, cada vez menos gruesa, hasta concluir porque sea bastante fina; en seguida se extiende una capa de carbón molido, que tiene la propiedad de sanear el agua de toda materia orgánica; por fin se pone otra capa de arena fina hasta concluir por otra más gruesa.

Ahora bien: llenando de agua el depósito, inmediatamente ejerce presión bajo los guijarros del filtro, dada la comunicación que existe entre ambos depósitos. Como consecuencia, el agua llega, atravesando las capas de arena y la intermedia de carbón, a la parte superior del filtro, tan cristalina y pura como permite este sencillísimo aparato, y sin otra acción que la de buscar su nivel natural.

De este modo, el filtro no se ensucia tanto como si se filtrara el agua de arriba abajo, en cuyo sistema los posos quedan encima, penetrando por la acción de la gravedad entre las arenas. Por el contrario, en el sistema propuesto, los posos caen al fondo del recipiente filtro, y si éste tuviera una salida en forma de embudo, se limpiaría de vez en cuando, durando mucho tiempo las capas filtrantes con el mejor éxito.

Se han colocado en estos aparatos esponjas oprimidas, como asimismo capas de algodón, paja y otras materias más ó menos divididas, pero sin duda alguna no hay nada mejor que las capas de arena, intercaladas entre capas de carbón molido, y procurando siempre que la filtración se ejerza de abajo arriba, según hemos dicho.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Nikelado. — Para nikelar metales sin necesidad de emplear una fuerte corriente eléctrica, se usa un baño constituido por

Sulfato de níquel puro....	1.000 gramos.
Tartrato amoniacal neutro....	725 —
Acido tánico, etéreo.....	5 —
Agua.....	20.000 —

El tartrato neutro de amoniaco se obtiene saturando una solución de ácido tártrico con amoniaco; el sulfato de níquel debe ser neutralizado. Las sustancias se hacen hervir durante quince minutos en tres ó cuatro kilogramos de agua, luego se añade la restante y se filtra. Este baño puede reconstituirse a medida que se gasten sus elementos, añadiéndolos en la proporción indicada.

El nikelado resulta de espesor muy uniforme, liso y sin escamas, y a poco coste.

Vino de miel. — He aquí un medio de obtener el vino de la miel cuando este producto de las abejas se halle tan abundante que no encuentre buena venta en el mercado, y de esta manera se aprovechará haciendo un caldo, que bien preparado alcanza todas las propiedades características de nuestros vinos comunes.

Es preciso disponer de 300 gramos de miel para cada litro de agua, resultando un líquido, por el principio azucarado de aquella sustancia, con un 11 á un 13 por 100 de alcohol, asegurándose así la buena conservación del caldo que se trata de preparar; para ello se empieza por disolver la miel en el agua templándola previamente; pero sin que llegue a cocer, y se vierte en un barril bien limpio, dejándole por llenar en parte; de vez en cuando, y a medida que el nivel descienda en dicho barril, se irá añadiendo con el mismo líquido durante la fermentación, que dura de seis á siete semanas.

La estancia ó bodega se mantendrá á una temperatura entre los 16 y 23 grados centígrados á lo sumo.

Mientras se verifique la fermentación se añaden 50 gramos de ácido tártrico por cada cien litros de vino, y además en un saquito de lienzo se suspende dentro del líquido como un puñado de fruto seco del enebro hasta que tome algo del gusto de dicha baya. También puede aromatizarse el vino en cuestión con flores secas de saúco, colocadas asimismo en un saquito, que se cuidará de no oprimir al sacarle, para que no haga amargo su jugo al caldo en vías de prepararse.

Mientras dura la fermentación conviene evitar el contacto del aire, y para esto, al agujero del barril se le ajusta un tapón de corcho taladrado en su centro, dando paso á un tubo de cristal de doble codo, haciendo que una rama penetre en el barril, dejando hueco entre su salida y el nivel del líquido, y la otra penetrará en un vaso de cristal lleno de agua y preparado al efecto; de este modo, mientras dure la fermentación se desprenderán burbujas á través del vaso con tanta más actividad, cuanto más tumultosa sea aquélla; y por el contrario, cuando cese del todo, bajará la presión en el barril, en cuyo caso se iniciará esta circunstancia á causa de elevarse el agua del vaso dentro del tubo hasta dejar pasar el aire al interior de dicho barril cuando ya esté frío y hecho el vino tal como debe quedar definitivamente.

Después se puede llevar el tonel para la venta si se quiere, y si no, á fin de que continúe sin peligro la fermentación, se coloca sobre el agujero un trapo de lienzo fuerte y mojado, ajustándole al mismo con un poco de arena también mojada, y así se dejará paso á los gases de la fermentación lenta, que continuará produciéndose por algún tiempo, y pasado un año, cuando se haya conservado en una cueva bien abrigada contra las influencias exteriores de frío ó calor, puede embotellarse dicho líquido.

Este vino resulta muy bueno cuando se prepara con esmero, y después, si llega á conservarse muchos años, llega á parecerse al cognac, tal es la fuerza alcohólica que adquiere al cabo de tiempo.

En países poco poblados donde hay muchos terrenos de monte bajo ó eriales que se llenan de flores con más ó menos frecuencia, y pueden servir de base á la apicultura en grande escala, no sería éste uno de los medios peores de producir vinos, que con la práctica de su elaboración llegarían á adquirir gran estima.

Pinturas venenosas. — Las cajas de pinturas destinadas á los niños no deben contener colores venenosos, por la exposición de un accidente si llevasen á la boca el pincel mojado, costumbre que á veces algunas personas mayores tienen para secar y afilar la punta del pincel pintando á la aguada. Conviene, por tanto, saber qué sustancias son nocivas para guardar las debidas precauciones.

El albayalde y otros colores blancos y el minio son preparaciones de plomo, y algunas otras lo son de estaño ó de bismuto, sustancias, en especial las plúmbicas, muy venenosas.

El cinabrio es compuesto de mercurio, el amarillo de Nápoles, el amarillo de cromo y el amarillo de Cassel son preparados de plomo, y el rejalgar y el oropimentí lo son de arsénico, sustancias todas venenosas.

El ocre azul y otras pinturas de color verde suelen contener cobre, cobalto ú otras sustancias más ó menos peligrosas. Las pinturas de color verde proceden casi todas de compuestos de cobre, como el cardenillo, verde montaña, verde mineral, verde papagayo, verde de Brunswick, de Viena, etc.; el verde de cromo es el menos nocivo, así como el verde de Scheele, que contiene arsénico y cobre, es el más venenoso.

Alguna clase de papel de cartas de color blanco de leche ó verdoso, á veces contiene alguna sustancia nociva, y no es prudente dejar que los niños lo lleven á la boca y lo mastiquen.

La gutagamba, que se emplea para color amarillo, es una sustancia muy purgante; el añil ó índigo, sustancia de color azul, suele provocar calambres; la cochinilla produce dolores de muelas y dificultad de orinar.

El olor de una habitación recién pintada desaparece pronto colocando en ella una vasija con cal viva.

Son completamente inofensivos la greda, la cúrcuma, el añil, el ocre, el pastel, la rubia, el carmín, etc.

Insolación. — La permanencia prolongada con trabajo fatigoso á una temperatura alta ó la exposi-

ción á la acción directa de los rayos del sol, deben evitarse porque ocasionan quebranto en la salud. Si esto no se ha podido evitar, se combate con el siguiente tratamiento.

Acaloramiento. — Los síntomas son: síncope, desfallecimiento, depresión del sistema nervioso y postración del muscular; piel de color pálido, fría y húmeda ó con gran sudor; labios descoloridos; pulso pequeño, lento y débil; las pupilas dilatadas; inteligencia tardía, aunque consciente. El tratamiento consiste en colocar al enfermo en una atmósfera fresca, inclinado, con la cabeza levantada para facilitar la libre respiración; desnudo, ó por lo menos con la ropa suelta para favorecer la circulación general; darle diez gotas de láudano Sydenham en un vaso de agua, de Brandy ó de Whisky; si las extremidades están frías, darles friegas con la mano ó con una franela. Cuando la reacción tarde mucho en presentarse, puede acudir á la aplicación de paños mojados en agua fría. Este accidente rara vez es mortal, salvo cuando afecte á los músculos del corazón y paralice sus funciones.

Insolación. — Es bastante más grave que el simple acaloramiento, variando, por lo tanto, los síntomas y tratamiento. Desmayo y falta de conocimiento; ojo rojizo y la pupila contraída; piel seca y ardorosa; pulso lleno y rápido; respiración anhelante; el sistema muscular rígido y convulsivo; cara congestionada ó pálida, pero en ambos casos muy caliente. El tratamiento debe ser: colocar al paciente al abrigo del aire, desnudo, en posición horizontal, pero con la cabeza levantada, y aplicarle hielo ó agua helada, y darle sobre la columna vertebral friegas ó duchas de agua fría, poniéndole sinapismos en las piernas, absteniéndose en absoluto de darle ningún estimulante.

Las personas que por necesidad deben hallarse en condiciones que faciliten estos accidentes, conviene que mantengan el cuerpo muy limpio tomando baños ó abluciones de agua fresca, sin hacer excesos en la bebida ni guardar dieta ó escasa alimentación, y llevar vestidos cómodos y frescos, de colores claros. El ataque de insolación es ordinariamente precedido de malestar y depresión nerviosa, dolor de cabeza, enturbiamiento de la vista, etc.

MISCELÁNEA

Según anuncia un periódico está casi terminada la espaciosa escalera que baja á la cripta de la iglesia de Nuestra Señora de la Almudena; puesto el pavimento definitivo de la misma, enlucida y blanqueada en su interior, y muy en breve quedarán colocadas las puertas y vidrieras que deben cerrar el santo recinto. Los fieles, añade, que con motivo de estos cultos visiten las obras de la Almudena, podrán apreciar la inteligencia y solidez con que poco á poco se va levantando este grandioso monumento que el amor de los madrileños consagra á su benditísima Madre y patrona.

En efecto; el arquitecto de esta grandiosa basilica es el Excmo. Sr. Marqués de Cubas, cuyo nombre se ha repetido tantas veces en estas páginas por haber sido el eficaz cooperador de Ernestina en la obra del Asilo.

En cuanto á la terminación de la cripta de la Almudena, procuraremos allegar más noticias con que satisfacer la justa ansiedad de nuestros lectores.

El *Journal*, de Lourdes, publica una estadística de las peregrinaciones más notables que ha habido hasta fin de Septiembre.

De las más numerosas ha sido la de Bélgica, compuesta de 1.060 peregrinos, de ellos 100 sacerdotes de las cinco diócesis de aquel reino. Entre las personas que han acudido este mes se cita al Sr. Casal Ribeiro y su señora; ésta parece haber sido curada de una hepatitis aguda, y así lo ha manifestado al doctor encargado de la estadística y comprobación de las curas que tienen lugar á consecuencia de las visitas á la Gruta.

Leemos en un diario católico de esta Corte: «En el próximo año de 1887 celebrará Nuestro Santísimo Padre León XIII sus bodas de oro. Medio siglo se cumplirá desde que por primera vez se abrió el cielo á su palabra, y el Hijo de Dios, obediente á su voz, descendió sobre el ara santa del altar.

Este fausto acontecimiento, que señala de inefable manera la fecha más venturosa y el suceso de más alta importancia en la vida del sacerdote cris-

tiano, será festejado en todo el orbe católico con inequívocas muestras de general y espontáneo regocijo.

De todas partes del mundo se preparan á enviar al Padre Santo demostraciones de afecto filial. En Austria, Italia, Bélgica é Inglaterra las señoras de más elevada alcurnia piensan contribuir con el trabajo de sus manos á dar mayor esplendor y realce á la *Exposición Vaticana* que ha de organizarse en la mansión pontificia con los productos industriales y artísticos que se remitan con el expresado objeto.

En varias capitales de España, sobre todo en Barcelona y Valencia, se ha comenzado á trabajar en este sentido, y fundadamente se espera que España figurará dignamente en aquel certamen ofrecido por el cariño de los hijos más amantes al Jerarca Supremo de la Iglesia Católica, que, víctima de las asechanzas de los revolucionarios habita en el Vaticano, sin libertad é independencia para ejercer el más alto y más augusta magisterio en la tierra.

No sabemos que en Madrid se haga nada en este sentido. Sería vergonzoso que los católicos de la capital de España formasen los últimos en esta grandiosa manifestación de la adhesión del pueblo cristiano á su Supremo Jerarca, el Vicario de Jesucristo en la tierra.

Aun es tiempo: dentro de poco será tarde.



En lo mejor de su vida ha bajado al sepulcro el Sr. D. Vicente de la Hoz y Liniers, piadosísimo é ilustrado escritor católico, cuya vida se ha consagrado toda entera á la defensa de la Religión y de la monarquía.

Hijo del célebre fundador de *La Esperanza*, ha sabido llevar dignamente su ilustre apellido, manteniendo en sus manos la bandera que recibió de su padre al morir, y á la cual, con una constancia, rara en estos tiempos, ha sacrificado todos los intereses de la tierra.

Por su bondad angelical, por sus nobles sentimientos, por su trato finísimo y siempre apacible y ameno, era un dechado de caballeros españoles. Ha escrito mucho; desde niño no ha dejado de hacerlo casi diariamente; pero por desgracia sus escritos, como tantos otros, se han perdido en ese fárrago de columnas que lanza de continuo al aire la prensa cotidiana.

¡Descanse en paz y ruegue por nosotros!



Otra víctima preciosa ha hecho la muerte casi al mismo tiempo que la anterior. El insigne pintor don José Casado del Alisal ha muerto antes de frisar con los cincuenta años, cayendo con él al sepulcro uno de los primeros pinceles con que se glorificaba España.

Más tarde publicaremos su retrato y su biografía. Bástenos hoy lamentar su prematura muerte y dar cuenta de los trabajos en que se ocupaba cuando la mano del maestro soltó para siempre el pincel admirable que tanto hemos celebrado en *La leyenda del Rey Monje*.

Deja casi concluido un bello retrato de una preciosa niña sevillana, de corta edad, perteneciente á la familia de Portilla.

Por encargo de un potentado de los Estados Unidos, y con destino á su biblioteca particular, pintaba el insigne artista un techo maravilloso, un *panneau* de la poesía. En el centro se destaca la apoteosis de Shakespeare. Dos genios coronan al gran poeta, que aparece rodeado de los principales personajes de sus sublimes creaciones. Completan la obra una alegoría de la prosa, que deja dibujada al carbón y que es un verdadero prodigio, y la de la poesía, de la cual sólo queda una cabeza y un brazo.

El comprador del bellísimo cuadro *La tentación*, que era una de las notas salientes del último concurso nacional de bellas artes, le había encargado un *pendant*. De él solo había hecho unos trozos al lápiz.

Casado se ha visto sorprendido por la muerte cuando se disponía á pasar una temporada en Sevilla para restablecerse y descansar. — R. I. P.